

EL ATÍPICO VERANO DE 1914: VIEJAS DECISIONES EN LAS TRINCHERAS DEL SIGLO XXI

ARÁNGUEZ ARÁNGUEZ, José Carlos¹
CORRALES MORALES, David
MORALES TAMARAL, José Manuel

RESUMEN

El centenario del estallido de la Primera Guerra Mundial supone un momento idóneo para reflexionar sobre la función del investigador. Desaparecidos los testigos de esta contienda, su imagen sólo puede ser transmitida de manera indirecta por aquellos estudios historiográficos que buscan comprender el inicio y desarrollo de este acontecimiento. No obstante, más allá de las innumerables aportaciones realizadas por distintos autores, no existe todavía una valoración unánime que permita responder a dos preguntas clave: ¿Por qué se produjo la guerra en ese momento? ¿Qué factores o acciones fueron responsables de su desencadenamiento?

El objetivo de este trabajo es profundizar en los sucesos del verano de 1914, utilizando tanto las fuentes primarias disponibles como las diversas interpretaciones realizadas hasta la actualidad. Si bien este análisis no aporta muchas novedades a un debate académico estancado desde hace

¹ Autores: ARÁNGUEZ ARÁNGUEZ, José Carlos; CORRALES MORALES, David y MORALES TAMARAL, José Manuel. Doctorandos de Historia Contemporánea. Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid (C/ Profesor Aranguren, s/n). Correo electrónico: jcaranguez@ucm.es.

veinte años, su principal contribución reside en su labor de síntesis. De este modo, se pretende establecer una serie de lazos estrechos entre el sistema internacional de ese momento, el papel de los distintos actores estatales y la influencia de ciertos factores condicionantes.

PALABRAS CLAVE: Primera Guerra Mundial, 1914, Europa, relaciones internacionales, diplomacia, percepción, decisión, historiografía.

ABSTRACT

The centennial of the outbreak of the First World War is a good occasion to reflect on the role of the researcher. Once the witnesses of the struggle disappeared, the war's image can only be transmitted through historical studies which seek to understand its beginning and development. However, after the countless contributions made by a wide array of authors, there is still no unanimous assessment on two key questions: Why did the war start at that precise moment? What reasons or actions unleashed it?

This article aims to reexamine the events of the summer of 1914, using both primary sources and different interpretations advanced up to this date. While it does not pretend to shed much new light on an academic debate that has been going on for twenty years, it summarizes the main arguments in a new and illuminating way, highlighting a series of close ties between the international system, the role of different states and the influence of structural factors.

KEY WORDS: First World War, 1914, Europe, international relations, diplomacy, perception, decision, historiography.

* * * * *

I. INTRODUCCIÓN

“Francamente, no creo que esté al llegar la era de la paz eterna, y ni siquiera creo que esta guerra monstruosa (aunque dure siete años, o treinta si me apuran) sea la última que las naciones civilizadas libren entre ellas”².

ARTHUR SCHNITZLER (1862-1931)

Cien años han transcurrido desde el fatídico asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero a la corona del Imperio Austro-Húngaro, y de su esposa la duquesa de Hohenberg Sofía Chotek durante la visita a Sarajevo el 28 de junio de 1914. Este atentado, perpetrado en última instancia por el joven nacionalista serbobosnio Gavrilo Princip, hizo tambalear la frágil situación de “paz armada” por la que atravesaba el continente europeo, al tiempo que fue uno de los muchos factores determinantes en lo que a los orígenes de la Gran Guerra se refiere. Los vertiginosos hechos del atípico verano de 1914, desencadenados en apenas seis semanas y particularmente en las dos últimas, siguen planteando un siglo después multitud de interrogantes que la historiografía ha intentado resolver desde distintas perspectivas. De este modo, los investigadores actuales todavía buscan respuestas que permitan comprender cómo finalmente se pasó de una crisis y posterior guerra localizada en la región balcánica –semejante a otras crisis balcánicas de los años anteriores– a una conflagración de implicaciones mundiales sin precedentes. Dicho de otra manera, ¿por qué se llegó a la guerra en el verano de 1914 y no antes ni después?

La contestación a este tipo de cuestiones se inserta en un debate de hondo calado y bagaje historiográfico en torno a los orígenes de la Primera Guerra Mundial pero del que debemos señalar que en muchas ocasiones se ha visto influido –e incluso, “contaminado”– por las consecuencias que aquella produjo tanto a corto como a largo plazo en el sistema internacional contemporáneo y en los asuntos domésticos de los Estados implicados. A este respecto, podemos corroborar que la historiografía –de manera genérica– ha oscilado entre la búsqueda de culpables directos y la constatación de la responsabilidad colectiva de los actores implicados, pero también ha dirigido su enfoque hacia el estudio y la comprensión de los hechos –una

² La mayoría de citas textuales que aparecen recogidas al comienzo de cada apartado proceden de BLOM, Philipp: *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Anagrama, Barcelona, 2010. .

comprensión que se nos antoja necesaria para entender el convulso siglo XX y, en buena medida, el mundo de hoy—. Asimismo, cabe destacar que todo ello se ha abordado desde fuentes y perspectivas muy diversas, que incluyen la tradicional historia diplomática, la construcción de la política exterior de los Estados, el proceso de toma de decisiones, la intervención de actores no estatales en el desarrollo de los acontecimientos, todo ello seguido de un largo etcétera.

Como se observa, nos encontramos ante una polifonía de enfoques coexistentes de muy diverso tipo pero de los que podemos señalar, eso sí, que tienen como denominador común la distinción entre dos realidades complementarias: por un lado, la profundidad causal de la Primera Guerra Mundial perceptible en el sistema internacional posterior a 1871, y en especial, a partir de 1890; y por otro, el proceso de toma de decisiones en el lapso de tiempo de las seis semanas transcurridas desde el atentado de Sarajevo del 28 de junio de 1914 hasta las sucesivas declaraciones de guerra entre finales de julio y comienzos de agosto de ese mismo año. Sin perder de vista el horizonte de la problemática comprensión de los hechos, lo que nos proponemos a lo largo de este artículo es ahondar en la comprensión del complejo universo de emociones, percepciones o representaciones que llevó a los hombres de las más altas instituciones políticas —emperadores y reyes, primeros ministros y presidentes de República, diplomáticos y militares— a tomar la decisión de entrar en guerra entonces y no antes ni después³. La construcción de este clima de inestabilidad se insertará en una contextualización tanto historiográfica —cómo la disciplina ha ido explicando estos hechos y sobre la base de qué fuentes— como histórica —qué información manejaban los protagonistas y cómo percibían la situación—. Solo así, enfa-

³ Se entiende por *decisión* en política exterior la fase final de un complejo proceso en el que convergen una multitud de factores condicionantes, tomada por un individuo o grupo de individuos sobre la base de una información siempre limitada, y que se materializa en la elección de aquella opción que se considera más adecuada para el interés nacional y con la que se prevé, en teoría, el menor número de consecuencias adversas en la sociedad internacional. Para un mayor conocimiento sobre los orígenes del tratamiento científico del proceso de toma de decisiones, *vid.* DUROSELLE, Jean-Baptiste: “La decisión”, en RENOUVIN, Pierre y DUROSELLE, Jean-Baptiste: *Introducción a la historia de las relaciones internacionales*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001 [1ª ed. 1964], pp. 406-437; REYNOLDS, Philip A.: *An Introduction to International Relations*, Longman, London, 1971; SNYDER, Richard C.; BRUCK, Henry W.; y SAPIN, Burton M.: *Decision-Making as an Approach to the Study of International Politics*, Princeton University, Princeton, 1954. En la politología española, *vid.* DEL ARENAL, Celestino: *Introducción a las relaciones internacionales*, Tecnos, Madrid, 2002 [1ª ed. 1984]; HERRERO, Rubén: *La realidad inventada. Percepciones y proceso de toma de decisiones en Política Exterior*, Plaza y Valdés, Madrid, 2006; MESA, Roberto: “El proceso de toma de decisiones en política exterior”, en *Documentación Administrativa*, nº 205, 1985, pp. 143-164.

tizando las discontinuidades y la imprevisibilidad que, en distintos momentos, caracterizaron los sucesos de aquellas seis semanas del verano de 1914, nos podremos aproximar al *cómo* y, en la medida de lo posible, al *por qué* se optó conscientemente por pasar de un conflicto localizado en los Balcanes a un enfrentamiento generalizado que traería consigo consecuencias incalculables.

II. ORIGEN Y DESARROLLO DEL DEBATE HISTORIOGRÁFICO

“No hay entendimiento posible entre la gente, ni diálogo, ni conexión entre hoy y ayer: las palabras mienten, los sentimientos mienten y hasta nuestra conciencia miente”.

HUGO VON HOFMANNSTHAL
Sobre la fisiología del amor moderno (1891)

La controversia sobre el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial ha estado presente de manera ininterrumpida a lo largo de estos cien años. Con el final de la contienda, los Gobiernos de los distintos países iniciaron la tarea de explicar y justificar su intervención en el conflicto a través de la publicación de numerosos volúmenes que incluían documentos pertenecientes a sus respectivos archivos diplomáticos. Una labor iniciada previamente por Leon Trotsky, primer comisario de Asuntos Exteriores durante el régimen bolchevique, quien ordenó la difusión de los tratados secretos firmados por el zar Nicolás II, dejó en evidencia tanto a Francia como a Inglaterra⁴. Posteriormente, el Gobierno alemán autorizó al teórico Karl Kautsky la preparación de una recopilación de documentos que abarcara los acontecimientos previos al estallido de la conflagración. Frente a las continuas acusaciones que incidían en la culpabilidad alemana, Berlín pretendía defender la tesis de una responsabilidad compartida por parte de todos los países, pues los métodos empleados por cada uno de ellos apenas diferían. Así pues, entre 1922 y 1927, se publicaron 39 volúmenes bajo el título *Die Grosse Politik der Europäischen Kabinette*⁵. Esta iniciativa generó una respuesta inmediata en otros Estados con el objetivo de demostrar que ellos tampoco ocultaban ningún tipo de documentación comprometida. Mientras que el *Foreign Office* publicó once volúmenes entre 1926 y 1938 (*British*

⁴ JOLL, James y MARTELL, Gordon: *The Origins of the First World War*, Routledge, New York, 2007, p. 3.

⁵ *Ibidem*, pp. 3-4.

Documents on the Origins of the War, editados por G. P. Gooch y H. Temperley), los documentos franceses comenzaron a difundirse en 1929 (*Documents diplomatiques français, 1871-1914*), aunque su último volumen no apareció hasta 1953. Análogamente, surgieron un gran número de escritos de los principales protagonistas de la guerra, destacando especialmente las memorias del diplomático ruso Alexander Izvolsky (1920)⁶.

Hasta la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), predominaron tres interpretaciones sobre las causas que ocasionaron el conflicto: la culpabilidad alemana (P. Renouvin y C. Bloch); las acciones provocadoras de Francia y Rusia (H. E. Barnes y E. Brandenburg); y la responsabilidad colectiva (S. Fay y G. P. Gooch). En la actualidad, todas ellas siguen presentes en los círculos académicos.

En *Les Origines immédiates de la guerre* (1925), Renouvin señalaba tres conclusiones que contribuían a respaldar su tesis sobre el problema de las responsabilidades de Alemania. Primero, pese a la posibilidad de una intervención rusa al lado de Serbia, Berlín aceptó el riesgo de una guerra europea en 1914 debido a la favorable situación militar de las Potencias Centrales. Segundo, el canciller alemán Bethmann-Hollweg aconsejó prudencia a Austria-Hungría el 28 de julio con el fin de acusar a Rusia como única culpable del inicio de las hostilidades, garantizando así el mantenimiento de una postura neutral por parte de Inglaterra. Un planteamiento que defendía la idea de que no era una guerra lo que se temía desde el Gobierno alemán, sino más bien su desencadenamiento en condiciones desfavorables. Tercero, el plan de campaña del Estado Mayor alemán fue el elemento clave que provocó el conflicto, pues generó una postura ofensiva que obligaba a atacar a Francia e invadir Bélgica, al tiempo que determinaba la decisión final del poder político⁷. En conclusión, el historiador francés era consciente de que Alemania no planeaba un enfrentamiento a escala mundial, ya que se conformaba con una ofensiva limitada y localizada contra Serbia. Sin embargo, Berlín y Viena habían considerado previamente las inevitables consecuencias de sus acciones, razón por la que se convertían en los principales culpables del estallido de la Primera Guerra Mundial⁸.

⁶ Vid. IZVOLSKY, Alexander P. y SEEGER, Charles: *The Memoirs of Alexander Izvolsky, Formerly Russian Minister of Foreign Affairs and Ambassador to France*, Hutchinson, London, 1920; BETHMANN-HOLLWEG, Theobald von: *Reflections on the World War*, T. Butterworth, London, 1920; LLOYD GEORGE, David: *War Memoirs of David Lloyd George*, I. Nicholson & Watson, London, 1933.

⁷ ZORGBIBE, Charles: *Historia de las relaciones internacionales*, vol. 1, *De la Europa de Bismarck hasta el final de la Segunda Guerra Mundial*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pp. 232-233.

⁸ MOMB AUER, Annika: *The Origins of the First World War*, Routledge, New York, 2013, p. 105.

Frente a esta interpretación que atribuía una responsabilidad absoluta a Alemania, surgió una literatura de carácter revisionista, que dirigió la atención hacia otros países. Mientras que M. Morhardt (*Les Preuves*, 1924) consideraba que la práctica agresiva de la alianza franco-rusa fue la que acabó provocando la guerra, A. Fabre-Luce (*La Victoire*, 1924) acusaba directamente a la Triple Entente. Asimismo, esta postura fue respaldada por importantes académicos como el estadounidense H. E. Barnes (*The Genesis of the World War*, 1926). Una tendencia que vino reforzada por la publicación de nuevos testimonios. Así, por ejemplo, Lloyd George declaró que ninguno de los contendientes pretendía el desencadenamiento de un conflicto general⁹. De este modo, la responsabilidad de la crisis de 1914 comenzó a ser compartida por distintos Estados europeos, favoreciendo la aparición de una interpretación más ortodoxa.

En medio de esta coyuntura, S. Fay (*The Origins of the World War*, 1929) consideraba que todos los países eran culpables del conflicto, fruto de un sistema internacional fragmentado como consecuencia de las múltiples alianzas, la diplomacia secreta y la carrera armamentística. Por ello, este historiador señaló una serie de causas profundas que habían fomentado el desencadenamiento de esta contienda: el nacionalismo, el militarismo, el imperialismo económico o la prensa¹⁰. No obstante, a la hora de evaluar las circunstancias previas, Fay afirmaba que la movilización rusa había sido el principal desencadenante de la catástrofe, aunque culpaba de ello a la política imprudente de Austria-Hungría. Análogamente, reconocía que Alemania no debería haber apoyado a su aliado austríaco, atribuyendo exclusivamente la responsabilidad de esta decisión a la diplomacia del káiser Guillermo II¹¹. Si bien los planteamientos de Fay alcanzaron una enorme repercusión en los Estados Unidos e Inglaterra a lo largo de treinta años, figuras como B. Schmitt o el propio Renouvin negaron sus argumentos. Ambos académicos continuaron responsabilizando al Estado alemán, cuya política se consideraba beligerante y agresiva¹². Desde una óptica diferente, otro representante de la tesis de la responsabilidad colectiva fue Luigi Albertini (*Le origini della guerra del 1914*, 1942-1943). Este periodista italiano realizó un detallado análisis sobre los antecedentes diplomáticos de la conflagración bélica, tomando como referencia la documentación disponible y diversas entrevistas a los supervivientes. A través de esta perspectiva innovadora, el autor hizo hincapié en los errores

⁹ STRACHAN, Hew: *The Outbreak of the First World War*, Oxford University Press, Oxford, 2004, p. 4.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ HENIG, Ruth: *The Origins of the First World War*, Routledge, New York, 2005, p. 28.

¹² *Ibidem*.

de cálculo que se habían producido desde los diferentes Gobiernos, sirviendo de precedente para aquellos trabajos que incidirían décadas después en la importancia del factor humano. Albertini admitía que la política rusa contribuyó a intensificar las hostilidades a nivel internacional, así como era consciente de que sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores, podría haber advertido de una posible intervención británica desde el primer momento. Sin embargo, el periodista concluía que el inicio del conflicto se había producido a raíz de la movilización alemana, lo cual no restaba importancia a las decisiones desafortunadas tomadas desde otros países¹³.

A partir de los años cincuenta y sesenta, aparecieron una serie de trabajos incentivados por las publicaciones de ediciones documentales de entreguerras, así como por la apertura de ciertos archivos occidentales –los de Inglaterra en 1968, y los de Austria y Francia pocos años después–. Esta situación provocó nuevas controversias sobre el origen de la Primera Guerra Mundial, al tiempo que Inglaterra y Alemania se convertían en principales centros de este debate académico.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la idea de una continuidad en los objetivos alemanes entre 1914 y 1939 fue muy recurrente entre los historiadores anglosajones, como bien refleja el trabajo de A. J. P. Taylor (*The Course of German History*, 1945). Según este autor, la tradición de una inherente maldad alemana había quedado reflejada previamente en figuras como Otto von Bismarck, Federico el Grande o Lutero¹⁴. Si bien un gran número de alemanes podían aceptar su responsabilidad en la última contienda mundial, resultaba doloroso asumir también su culpabilidad ante la crisis de 1914. Por esta razón, la mayoría de historiadores de Alemania Occidental incidían especialmente en el papel desempeñado por ciertos factores sistémicos, al tiempo que respaldaban la tendencia ortodoxa que se había desarrollado décadas atrás. Como consecuencia de este panorama, se celebró un congreso de destacados historiadores franceses y alemanes, donde se declaró que la documentación disponible “no permitía atribuir un deseo premeditado de una guerra europea de parte de ningún Gobierno o pueblo en 1914”¹⁵. Sin embargo, desde la década de los cincuenta, comenzó a producirse una modificación en las percepciones alemanas, fruto de los trabajos de L. Dehio (*Gleichgewicht oder Hegemonie*, 1948; *Deutschland und die Weltpolitik im 20. Jahrhundert*, 1955), quien rechazaba la idea de que todas las potencias hubiesen empujado a la catástrofe, pues ambas guerras mundiales habían sido producto de la

¹³ *Ibidem*, p. 30.

¹⁴ JOLL, James y MARTELL, Gordon: *op. cit.*, p. 5.

¹⁵ STEVENSON, David: *1914-1918. The History of the First World War*, Allen Lane, London, 2004, p. 590.

misma voluntad de hegemonía de Alemania¹⁶. De todos modos, la aparición de algunas voces discordantes no supuso todavía una fractura del consenso académico en este país, que seguía defendiendo la inocencia de Alemania. Una situación que cambió radicalmente con la llegada de una novedosa interpretación a principios de los años sesenta.

Los libros de F. Fischer (*Griff nach der Weltmacht: die Kriegszielpolitik des Kaiserlichen Deutschland, 1914-1918*, 1961; *Weltmacht oder Niedergang*, 1965) suscitaron un verdadero debate en la opinión pública alemana. Fischer consideraba que los políticos de Berlín no sólo habían deseado el desencadenamiento de una guerra local en los Balcanes, sino que también habían asumido deliberadamente el riesgo de que estallara un conflicto a nivel europeo. En base a este planteamiento, la política alemana no debía ser interpretada como una mera reacción ante el establecimiento de alianzas entre sus posibles adversarios¹⁷. Para demostrar esta tesis, el autor se basó en la documentación relativa a los objetivos de guerra alemanes tras un estudio detallado de los archivos, muchos de los cuales –incluidos los del denominado “Programa de Septiembre” de Bethmann-Hollweg, centrados en una posible hegemonía alemana sobre Europa Central– se encontraban en Alemania Oriental y eran inaccesibles a los especialistas occidentales¹⁸. En lugar de responsabilizar de lo sucedido a un reducido número de estadistas, Fischer señalaba a un grupo más amplio de alemanes. Partidos políticos, empresarios o la propia élite intelectual del país habían apoyado unos objetivos agresivos con la finalidad de consolidar su hegemonía¹⁹. Por otra parte, a raíz de la publicación de su obra *Krieg der Illusionen* (1969), el historiador estableció una estrecha relación entre la política interior y exterior del Reich. Así, por ejemplo, el envío del *Panther* –un buque cañonero alemán– a Agadir en 1911 no sólo buscaba presionar a Francia en Marruecos, pues existían otras motivaciones de carácter nacional, como la intimidación de los socialistas en vísperas de una consulta electoral o la necesidad de conseguir el apoyo de la opinión pública en torno a la política de poder imperial²⁰. Además, argumentó cómo el Gobierno alemán había planificado una conflagración general desde el Consejo de Guerra de diciembre de 1912, afirmación de la que se retractó posteriormente²¹.

¹⁶ ZORGBIBE, Charles: *op. cit.*, p. 237.

¹⁷ MURPHY, Justin D.: “Historiography of the Outbreak of the War”, en TUCKER, Spencer C. (ed.): *The European Powers in the First World War. An Encyclopedia*, Taylor & Francis, New York, 2013, pp. 343-344.

¹⁸ STEVENSON, David: *op. cit.*, p. 590.

¹⁹ MOMBAUER, Annika: *op. cit.*, p. 128.

²⁰ ZORGBIBE, Charles: *op. cit.*, p. 239.

²¹ STEVENSON, David: *op. cit.*, p. 591.

Como consecuencia de la polémica que habían despertado las aportaciones de Fischer, no tardaron en aparecer un gran número de críticas por parte de figuras como G. Ritter, K. Dietrich Erdmann o E. Zechlin. Estos reproches giraban en torno a tres puntos clave de su argumentación: las conexiones establecidas entre la política alemana de la *Weltpolitik* y sus objetivos durante la guerra; su nueva interpretación sobre la responsabilidad de Berlín ante la crisis de 1914; y su ataque al papel desempeñado por Bethmann-Hollweg durante los meses previos. Según estos académicos, el memorándum redactado por el canciller alemán a principios de septiembre no reflejaba la existencia de unos objetivos antes de la guerra. De hecho, Zechlin insistía en que estos escritos formaban parte de un “programa preliminar”, el cual se había diseñado ante los continuos éxitos militares²². Asimismo, en contraposición a los planteamientos de Fischer, Ritter absolvía al canciller de cualquier culpabilidad, considerando al ejército como el único responsable de las acciones tomadas por Alemania. Es decir, los líderes políticos se habían dejado arrastrar por las decisiones de los militares²³.

Frente a una tendencia general por contrarrestar el dictamen de Versalles, estos trabajos favorecieron un clima intelectual más heterogéneo, surgiendo numerosas escuelas entre los historiadores alemanes. Las tesis de Fischer atrajeron a seguidores como Immanuel Geiss (*Juli 1914. Die europäische Krise und der Ausbruch des Ersten Weltkriegs*, 1964), que defendía que la decisión de declarar la guerra a Serbia no procedía de Austria-Hungría, sino de Alemania. Oponiéndose a una posible mediación entre Viena y Belgrado, Berlín había aprobado los términos del ultimátum austríaco, mientras aconsejaba una acción rápida contra Serbia. Si bien Austria-Hungría sólo pretendía el inicio de un conflicto local, Alemania estaba decidida a correr el riesgo de una guerra continental. Bajo este punto de vista, la única preocupación de Bethmann-Hollweg era que la responsabilidad de la contienda recayese sobre Rusia con el fin de lograr la colaboración de la socialdemocracia y la neutralidad de Inglaterra; idea presente desde los años veinte gracias a la obra de Renouvin²⁴. A su vez, Geiss afirmaba que Francia, Inglaterra y Rusia habían intentado evitar el enfrentamiento desde el primer momento, aunque habían reaccionado de manera equivocada al cometer una serie de errores tácticos²⁵. Junto a este investigador, cabe destacar figuras

²² MOMBAUER, Annika: *op. cit.*, p. 133.

²³ KRAMER, Alan: “The First World War and German Memory”, en JONES, Heather; O’BRIEN, Jennifer; y SCHMIDT-SUPPRIAN, Christoph (eds.): *Untold War: New Perspectives in First World War Studies*, Brill, Leiden, 2008, p. 407.

²⁴ ZORGBIBE, Charles: *op. cit.*, p. 238.

²⁵ *Ibidem*.

como J. Röhl, W. J. Mommsen, V. R. Berghahn o H. U. Wehler, quienes realizaron nuevos estudios sobre la base de estos argumentos. Tomando como referencia los factores internos para explicar la política exterior de la potencia alemana, se valoró el papel de las élites aristocráticas y los terratenientes prusianos, sectores que buscaban mantener sus posiciones en la sociedad y mitigar cualquier tipo de cambio²⁶. Más allá del ámbito alemán, la corriente de Fischer tuvo repercusión en autores extranjeros como Paul Kennedy, cuyas investigaciones concedieron una especial atención al fenómeno de la industrialización para comprender el fuerte antagonismo anglo-alemán²⁷.

A pesar de la relevancia que adquirieron las interpretaciones centradas en la cuestión alemana a lo largo de estos años, algunos académicos siguieron planteando la idea de una responsabilidad colectiva. En su obra *1914. The Unspoken Assumptions* (1968), J. Joll examinó la actitud adoptada por los líderes de las grandes potencias antes del estallido de la contienda. Consciente del éxito que estaba alcanzado la historia de las mentalidades en la escuela francesa, este historiador británico consideraba que uno de los factores que condicionaron las decisiones de estos estadistas fueron las llamadas “asunciones tácitas”, es decir, aquellas “reacciones instintivas, tradiciones o formas de comportamiento” que habían sido adquiridas previamente, constituyéndose como parte de su propio entorno²⁸. Así pues, las acciones adoptadas por estos políticos no eran fruto de cálculos racionales, sino más bien todo lo contrario.

El innovador enfoque de Fischer, basado en la estrecha interrelación entre política interior y exterior de Alemania, favoreció la aparición de estudios similares sobre otros países, los cuales ayudaron a reescribir la historia diplomática sobre los orígenes de la guerra durante las décadas siguientes. Evitando asignar responsabilidades a las naciones estudiadas, los trabajos de J. Keiger (Francia), R. Bosworth (Italia), D. Lieven (Rusia) o Z. Steiner (Inglaterra) ayudaron a comprender mejor el proceso político, económico y militar que había ocasionado el conflicto²⁹. Además, la consolidación de esta perspectiva se había visto reforzada gracias a la publicación de nume-

²⁶ Para un mayor conocimiento sobre esta corriente de estudios historiográficos, *vid.* BERGH-
AHN, Volker R.: *Germany and the Approach of War in 1914*, St. Martin's Press, New York,
1973; MOMMSEN, Wolfgang J.: *Imperial Germany 1867-1914. Politics, Culture and Socie-
ty in an Authoritarian State*, Arnold, London, 1995; WEHLER, Hans-Ulrich: *Das Deutsche
Kaiserreich, 1871-1918*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1973.

²⁷ *Vid.* KENNEDY, Paul: *The Rise of the Anglo-German Antagonism, 1860-1914*, Allen & Un-
win, Boston, 1980.

²⁸ JOLL, James: *1914. The Unspoken Assumptions*, Weidenfeld & Nicholson, London, 1968,
p. 6.

²⁹ MARTELL, Gordon: *Origins of the First World War*, Routledge, London, 2008, p. 11.

rosas investigaciones de historiadores estadounidenses, que analizaban la política exterior de su país a través de los intereses económicos de ciertos grupos de presión³⁰.

En medio de esta coyuntura académica, S. Williamson (*Austria-Hungary and the Origins of the World War I*, 1991) incidió en la culpabilidad de Austria-Hungría en el desencadenamiento de la contienda con el fin de evitar una condena unilateral de los dirigentes berlineses. Según este autor, Viena tenía un gran poder, que le permitía tomar decisiones y ejecutar acciones de manera independiente. Si bien esta tesis fue apoyada por personalidades como Fritz Fellner o John Leslie, no tuvo la misma repercusión que los trabajos de Fischer, pues el Imperio austrohúngaro había dejado de existir y nadie tenía ningún interés personal en defenderlo³¹.

Desde la década de los noventa, se produjo un resurgimiento del interés por la Primera Guerra Mundial, resultado de los desafíos de la posguerra fría y el renacimiento de las hostilidades en los Balcanes. De este modo, emergieron nuevas preocupaciones de carácter cultural, que vinieron acompañadas de la difusión de múltiples fuentes primarias. Mientras que Inglaterra registraba el testimonio de los supervivientes en archivos de historia oral, la publicación de una antología de cartas de soldados provocó un enorme éxito de ventas en Francia. Análogamente, se crearon distintos grupos de estudio, como la *Western Front Association* en Inglaterra o la *Great War Society* en los Estados Unidos³². Como consecuencia de este panorama, los historiadores abordaron un gran número de temas inexplorados –las motivaciones de los jóvenes para participar en la contienda, la influencia de la prensa en la opinión pública, el papel de la mujer, etc.–, aunque el interés por las acciones de los diferentes Gobiernos quedaron relegadas a un segundo plano temporalmente. A pesar de la repercusión que alcanzaron los trabajos de carácter cultural, el nonagésimo aniversario del estallido de la conflagración volvió a impulsar novedosos estudios sobre la cuestión de las responsabilidades, al tiempo que se realizaban exposiciones, reportajes o artículos en famosas revistas de divulgación. Una de las iniciativas más relevantes fue la *Enzyklopädie Erster Weltkrieg* (2003), en la que diversos autores recopilaban las últimas investigaciones sobre el tema³³. A su vez, aparecieron distintas colecciones documentales que aportaban aspectos desconocidos sobre

³⁰ JOLL, James y MARTELL, Gordon: *op. cit.*, p. 7.

³¹ *Ibidem*, p. 6.

³² STEVENSON, David: *op. cit.*, pp. 593-594.

³³ MOMBAUER, Annika: “The First World War: Inevitable, Avoidable, Improbable or Desirable? Recent Interpretations on War Guilt and the War’s Origins”, en *German History*, vol. 25, nº 1, 2007, p. 79.

los meses previos a la guerra, especialmente para el caso alemán. Así, por ejemplo, M. Epkenhans proporcionó una minuciosa edición de los diarios, cartas y papeles privados del almirante alemán Albert Hopman³⁴.

Frente al debate académico que había suscitado el problema de las responsabilidades alemanas durante los años cincuenta y sesenta, los nuevos estudios se articularon en torno a cuatro temas diferentes³⁵. Apoyando las aportaciones de Williamson, historiadores como H. Strachan (*The Outbreak of the First World War*, 2004) dieron mayor énfasis a las decisiones tomadas en Viena³⁶. Junto a esta tendencia, otros trabajos mostraron una especial predilección por la influencia de ciertos factores a largo plazo, modificando así las relaciones internacionales de principios del siglo XX. En su obra *Kriegsausbruch: Deutschlands Weg in die Katastrophe 1900-1914* (2002), S. Neitzel culpaba a la Triple Entente, cuyas alianzas políticas habían incentivado las tensiones internacionales³⁷. En contraposición a la idea de un conflicto intencionado, otro enfoque defendió que los estadistas europeos nunca llegaron a imaginar las graves consecuencias de sus acciones exteriores, pues consideraban improbable el desencadenamiento de una guerra general de tan larga duración. De hecho, F. Kießling (*Gegen den "großen Krieg"?: Entspannung in den internationalen Beziehungen 1911-1914*, 2002) subrayó la imagen de disuasión que existía durante los meses previos a la contienda³⁸. En último lugar, sin negar la responsabilidad de los políticos alemanes o austríacos, algunos estudiosos decidieron analizar los factores humanos, así como la importancia de ciertos accidentes o casualidades históricas, con el objetivo de demostrar cómo el conflicto se podría haber evitado. Dentro de esta corriente, conviene señalar las aportaciones de R. F. Hamilton y H. H. Herwig, quienes analizaron en detalle el proceso de toma de decisiones en diferentes países –Alemania, Austria-Hungría, Francia, Rusia, Inglaterra, etc.–, incidiendo en el papel que adquirieron las imágenes y experiencias del pasado: “Uno debe trazar la información, las percepciones y los motivos involucrados en cada caso. La cuestión es saber cuáles fueron sus preocupaciones”³⁹. Más allá de estas cuatro tendencias dominantes, autores como M. Hewitson mantuvieron vigente la tesis de la

³⁴ *Ibidem*, pp. 92-93.

³⁵ *Ibidem*, p. 82.

³⁶ *Vid.* STRACHAN, Hew: *op. cit.*

³⁷ *Vid.* NEITZEL, Sönke: *Kriegsausbruch: Deutschlands Weg in die Katastrophe 1900-1914*, Pendo, Zürich, 2002.

³⁸ *Vid.* KIEßLING, Friedrich: *Gegen den "großen Krieg"?: Entspannung in den internationalen Beziehungen 1911-1914*, Oldenbourg, Munich, 2002.

³⁹ HAMILTON, Richard F. y HERWIG, Holger H.: *Decisions for War, 1914-1917*, Cambridge University Press, New York, 2004, pp. 6-7.

responsabilidad alemana (*Germany and the Causes of the First World War*, 2004), aunque otros como N. Ferguson defendieron las acciones tomadas por Berlín: “Desde un punto de vista moderno, se puede decir que Alemania fue la única potencia europea que se alineó con las víctimas del terrorismo y en contra de los patrocinadores de ese terrorismo”⁴⁰. Según este historiador británico, la principal responsabilidad residía en Inglaterra, cuya participación había provocado la “globalización del conflicto”⁴¹.

A raíz de la celebración del centenario de este trágico acontecimiento, se ha renovado el interés por conocer los detalles y motivaciones de las decisiones tomadas durante el verano de 1914, reflejando cómo aquellas interpretaciones que aparecieron durante la primera mitad del siglo XX siguen todavía presentes en las obras publicadas en los últimos meses. Si bien la idea de Alemania como única culpable de lo sucedido se ha ido desgastando en los últimos años, el libro de M. Hastings (*Catastrophe 1914: Europe Goes to War*, 2013) hace hincapié en que esta potencia rehusó utilizar su poder para contener a Austria-Hungría y asumió la posibilidad de una guerra, confiando en su victoria: “El káiser, Bethmann y Moltke intentaron asestar un golpe magnífico e implacable, al estilo de Bismarck, que el propio Bismarck nunca habría emprendido”⁴². Análogamente, la tesis de la responsabilidad colectiva adquiere gran protagonismo en las aportaciones realizadas por C. Clark (*The Sleepwalkers*, 2013), quien se niega a argumentar contra un único Estado culpable al valorar que todos ellos eran “sonámbulos, vigilantes pero ciegos, angustiados por los sueños pero inconscientes ante la realidad del horror que estaban a punto de traer al mundo”⁴³. Desde una óptica más matizada, S. McMeekin (*July 1914: Countdown to War*, 2013) abordaba algunas decisiones irresponsables, como la postura adoptada por Austria-Hungría o las movilizaciones de Francia y Rusia, aunque afirmaba que Alemania había sido la potencia más imprudente⁴⁴.

A pesar de la aparición de novedosas investigaciones sobre el último año de paz (1913) o la influencia de la opinión pública en las semanas previas a la contienda⁴⁵, actualmente la tendencia hegemónica en el debate historio-

⁴⁰ FERGUSON, Niall: *La guerra del mundo. Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente (1904-1953)*, Debate, Barcelona, 2007, p. 181.

⁴¹ *Ibidem*, p. 186.

⁴² HASTINGS, Max: *1914. El año de la catástrofe*, Crítica, Barcelona, 2013, p. 608.

⁴³ CLARK, Christopher: *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014, p. 645.

⁴⁴ *Vid.* McMEEKIN, Sean: *July 1914: Countdown to War*, Basic Books, New York, 2013.

⁴⁵ *Vid.* EMMERSON, Charles: *1913. In Search of the World Before the Great War*, Public Affairs, New York, 2013; WELCH, David: “August 1914: Public Opinion and the Crisis”, en MARTEL, Gordon (ed.): *A Companion to Europe, 1900-1945*, Wiley-Blackwell, Oxford, 2011, pp. 197-212.

gráfico gira en torno a la importancia del factor humano durante el proceso de toma de decisiones que condujo al conflicto, perspectiva adoptada en el último libro de M. MacMillan (*On the War that Ended Peace: The Road to 1914*, 2013), que sigue los postulados enunciados previamente por Joll. Según esta historiadora, todos los dirigentes fueron partícipes del estallido de la guerra y, por esta razón, resulta prioritario averiguar por qué actuaron como lo hicieron: “Necesitamos entender las sociedades e instituciones que los produjeron. Debemos tratar de comprender los valores y las ideas, las emociones y los prejuicios, que configuraban su visión del mundo”⁴⁶.

En definitiva, hoy en día existe un gran interés por conocer los detalles y motivaciones de las acciones tomadas entre junio y agosto de 1914. Numerosas investigaciones están señalando la responsabilidad de algunas figuras de ese momento: la determinación del conde Berchtold, ministro austríaco de Asuntos Exteriores, de acabar con la independencia de Serbia; la decisión de Sazónov, ministro ruso de Asuntos Exteriores, de apoyar a Serbia a través de una movilización parcial de las fuerzas rusas; el papel de Guillermo II, quien empujó a Viena a tomar una actitud agresiva durante la crisis; la postura del presidente francés Poincaré, que aseguró a Rusia el apoyo francés para su política en los Balcanes; o la falta de decisión de sir Edward Grey⁴⁷. Si bien estos trabajos están contribuyendo a demostrar que ningún Estado o estadista fue el único culpable, lo cierto es que esta crisis podría haberse evitado de manera exitosa, al igual que otras muchas antes.

III. ¿UNA NUEVA CRISIS BALCÁNICA?

*“¡La tormenta! ¡Pronto estallará la tormenta!
El audaz petrel vuela orgulloso
Entre el rayo y la espuma del mar bravío;
Ya grita el profeta de la victoria:
¡Que la tormenta estalle con toda su furia!”.*

MAKSIM GORKI,
La canción del petrel (1901)

A la altura de 1914 no era de extrañar que tarde o temprano se terminaría produciendo un enfrentamiento a gran escala. Desde finales del siglo XIX los intereses económicos e industriales habían contribuido a la mundia-

⁴⁶ MACMILLAN, Margaret: *1914. De la paz a la guerra*, Turner, Madrid, 2013.

⁴⁷ MARTELL, Gordon: *op. cit.*, p. 11.

lización de las estrategias coloniales desplegadas por las potencias europeas y a una paulatina intensificación de las rivalidades. Sin embargo, el grado de desarrollo alcanzado por la tecnología militar y el creciente número de actores estatales y transnacionales que participaban de una sociedad internacional, cada vez más amplia e interdependiente, invitaban a la cautela en la asunción de riesgos. Faltaba aún por saber cuál sería el *casus belli* que desencadenaría un hipotético conflicto que con toda probabilidad tendría consecuencias de amplísimo alcance.

En 1897 el ex-canciller alemán Otto von Bismarck habría revelado al empresario Albert Ballin, como se desprende de la entrevista que éste mantuvo con Winston Churchill el 24 de julio de 1914, que “un día, la gran guerra europea estallaría a causa de alguna maldita estupidez en los Balcanes”⁴⁸. Esa “maldita estupidez”, agravada por un cúmulo de errores y casualidades, no fue otra que el fatídico atentado en Sarajevo de 28 de junio de 1914⁴⁹. La noticia del asesinato de Francisco Fernando, que fue recogida por S. Zweig —quien se encontraba en Baden, cerca de Viena—, hizo que en un primer momento el ritmo de la ciudad se detuviese por unos instantes, pues:

*“De repente, la música paró en mitad de un compás. Algo debía de haber pasado, la multitud de repente había detenido sus evoluciones [...]. Tal como supe al cabo de unos minutos, se trataba de un telegrama anunciando que Su Alteza Imperial, el heredero del trono y su esposa, que habían ido a Bosnia para asistir a unas maniobras militares, habían caído víctimas de un vil atentado político”*⁵⁰.

Sin embargo, continúa diciendo:

*“En los rostros no se adivinaba ninguna emoción o irritación especiales [...], y al cabo de dos horas ya no se observaba señal alguna de auténtica aflicción”*⁵¹.

Ciertamente, en los Balcanes eran frecuentes los asesinatos de personalidades ilustres de manos de individuos y organizaciones que canalizaban violentamente la insatisfacción de muchas minorías nacionalistas que ansiaban

⁴⁸ FUSI, Juan Pablo: *Manual de Historia Universal*, vol. 8, *Edad Contemporánea, 1898-1939*, Historia 16, Madrid, 1997, p. 185.

⁴⁹ HASTINGS, Max: *op. cit.*, pp. 29-39; RENOUVIN, Pierre: *La Crisis Europea y la Primera Guerra Mundial (1904-1918)*, Akal, Madrid, 1990 [1ª ed. 1934], p. 175.

⁵⁰ ZWEIG, Stefan: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Acantilado, Barcelona, 2010 [1ª ed. 1942], pp. 275-277.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 277-278.

convertirse en Estados propios. Quizá por ello, pese a que era obvio que con este suceso llegaba a Europa una nueva crisis internacional, el asesinato de Francisco Fernando no pareció perturbar en principio la tranquilidad estival⁵². Las potencias europeas se habían acostumbrado a contener la inestabilidad en los Balcanes a lo largo del siglo XIX, región que se convirtió en uno de los escenarios más conocidos de la denominada “cuestión de Oriente”. El amplio entramado de intereses enfrentados que se dieron cita en la región, justificados en buena medida en argumentos que apelaban a la irracionalidad de sentimientos como el prestigio o la nacionalidad, había creado el consenso tácito de posponer una y otra vez el desmembramiento del débil Imperio Otomano mediante el recurso a rectificaciones territoriales que nunca satisficieron a todas las partes por igual. Turquía y Serbia eran las caras opuestas de la misma moneda: mientras que el “hombre enfermo de Europa”, poseedor de la soberanía nominal en toda la región, apenas pudo retener el control efectivo sobre un pequeño territorio al otro lado del Bósforo, incluso después del prometedor cambio que pareció anunciar la revolución de los Jóvenes Turcos en 1908, Serbia se presentaba como una potencia media regional ansiosa por afianzarse en su papel de “banderín de enganche” del nacionalismo eslavo.

Si bien las diplomacias europeas tuvieron la mirada puesta en el reparto de las colonias asiáticas y africanas desde los años 80 del siglo XIX, los Balcanes se mantuvieron relativamente tranquilos. Pero después de que muchas de las incógnitas se fueran solucionando, o al menos aplacando, las cancillerías europeas volvieron a dirigir su atención a Europa oriental como objetivo prioritario. No resulta extraño afirmar que el desenlace de la crisis bosnia (1908-1909) y de dos guerras balcánicas sucesivas (1912-1913) afectó a, y en buena medida estuvo motivado por, los intereses estratégicos de las grandes potencias europeas⁵³.

Austria-Hungría y Rusia poseían intereses directos y antagónicos en la región. La primera miraba con recelo, muy especialmente después de las últimas guerras en los Balcanes, el engrandecimiento de Serbia, ya que ello podía provocar nuevas fluctuaciones de las minorías étnicas que habitaban a

⁵² HASTINGS, Max: *op. cit.*, p. 59. Según algunas visiones de la época, nada parecía indicar que se fuera a aprovechar el suceso para llevar a cabo una acción política contra Serbia. ZWEIG, Stefan: *op. cit.*, p. 278.

⁵³ RENOUVIN, Pierre: *op. cit.*, p. 159. El protagonismo de las grandes potencias europeas en el desarrollo de los acontecimientos en los Balcanes es un lugar común de la historiografía internacionalista, al considerar que los imperios europeos adoptaron en general la peligrosa táctica de inflar o aplacar los sentimientos de las minorías nacionalistas en función de sus propios intereses. Sobre las guerras balcánicas de 1912-1913 y sus implicaciones de cara al fatal desenlace un año después, *vid.* HALL, Richard C.: *The Balkan Wars 1912-1913. Prelude to the First World War*, Routledge, London/New York, 2000.

lo largo y ancho de su territorio. Se revirtió así la relativa sensación de seguridad que se extendió en Viena y Budapest después de su anexión unilateral de Bosnia y Herzegovina en octubre de 1908.

Rusia, por su parte, se sentía directamente implicada en la región balcánica por su pretendido liderazgo del movimiento ortodoxo paneslavo. Más allá de este fundamento ideológico, los intereses rusos en los Balcanes se reforzaron tras el fatídico final de su aventura en Asia, que culminó en una aplastante derrota frente a Japón (febrero de 1904-septiembre de 1905). Rusia anhelaba el control de los Estrechos, como ha hecho desde el siglo XVIII hasta la actualidad, para conseguir su propia salida al Mediterráneo. Pero la experiencia del pasado más reciente no invitaba al optimismo: pese a sus vínculos con Francia (1892-1893) e Inglaterra (agosto de 1907), Rusia fue obligada a claudicar ante la anexión austrohúngara de Bosnia, sin satisfacer las reivindicaciones de su protegida Serbia. Esta sensación de soledad se vio agravada después de que Alemania se presentase como valedora de los intereses del Imperio Otomano. Una hipotética ocupación del Bósforo y el Dardanelos, como se planteó el gobierno ruso a inicios de 1914, se encontraría con obstáculos muy difíciles de salvar⁵⁴.

El cúmulo de intereses estratégicos en los Balcanes no quedaba ahí. Por un lado, Francia había conseguido también un vínculo mucho más informal con Inglaterra (1904) y acababa de cerrar el episodio abierto en 1898, la “cuestión marroquí” –eufemismo del reparto de Marruecos– gracias al establecimiento de un protectorado franco-español sobre el sultanato norteafricano (1912). Podía dedicar, por tanto, más esfuerzos a reforzar sus lazos con Rusia, con quien llevaba dos décadas comprometida militarmente, justo desde que el káiser Guillermo II cesara de su cargo a Bismarck y decidiera dejar suelto el lazo ruso⁵⁵.

⁵⁴ Vid. BORN, Karl E.: *Von der Reichsgründung bis zum Ersten Weltkrieg*, Band 16, *Gebhardt Handbuch der Deutschen Geschichte*, Deutscher Taschenbuch Verlag, München, 1981, pp. 234-236; RENOUVIN, Pierre: *op. cit.*, pp. 160-161; TAYLOR, Alan J. P.: *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, Oxford University Press, London, 1983 [1ª ed. 1954], pp. 455-457. Sobre el papel de Rusia en los antecedentes y el desarrollo de la Crisis de Julio en conexión con su delicada situación política interna, vid. McMEEKIN, Sean: *The Russian Origins of the First World War*, Belknap Press/Harvard University Press, New York, 2001; y SERVICE, Robert: *A History of Modern Russia. From Nicholas II to Vladimir Putin*, Harvard University Press, Cambridge, 2005, pp. 1-26.

⁵⁵ SCHIEDER, Theodor: “Europa im Zeitalter der Nationalstaaten und europäische Weltpolitik bis zum I. Weltkrieg (1870-1918)”, en SCHIEDER, Theodor (ed.): *Handbuch der europäischen Geschichte*, Band 6, *Europa im Zeitalter des Nationalstaaten und europäischen Weltpolitik bis zum ersten Weltkrieg*, Union Verlag, Stuttgart, 1973, pp. 115-116. Con este importante giro del orden internacional de 1871, Francia dejó de estar aislada en el concierto internacional y Alemania consiguió en dos años lo que Bismarck había evitado en veinte, es decir, el hipotético ataque por dos frentes, con las consiguientes repercusiones que ello trajo

Por otro lado, Alemania se había decidido a reforzar la unión con su único aliado fiel, Austria-Hungría, lo que implicaba indirectamente adoptar una política más activa en los Balcanes. De hecho, su definitivo respaldo a la Monarquía Dual en su acción unilateral con respecto a Bosnia en 1908-1909 sentó un precedente digno a tener en cuenta. Del mismo modo, a partir de 1907 Alemania se decidió a reforzar su influencia económica y política en el Imperio Otomano, línea que se remontaba a 1899 con la fundación de la *Anatolische Eisenbahn-Gesellschaft*, origen de la construcción del atractivo ferrocarril de Bagdad⁵⁶. Todo ello se produjo después de que hubiera quedado constatado el fracaso de los medios de la *Weltpolitik*, la gran apuesta de la política exterior alemana desde los años 90 del siglo XIX. Sus fines no habían sido nuevos –conseguir un *status* de potencia mundial–, pero las formas elegidas –sacrificio del equilibrio europeo mediante una arriesgada combinación de pruebas de fuerza e intentos de cooperación diplomática– echaron por tierra los planes alemanes. El difícil acomodo de este gigante centroeuropeo en la jerarquía de potencias y numerosos errores de cálculo y de percepción terminaron despertando el recelo del resto de potencias europeas, coadyuvando a la carrera armamentística y naval y al afianzamiento de una sensación de “cerco” diplomático en los círculos políticos berlineses⁵⁷.

En suma, en un sistema internacional de rivalidad intensa basado en el equilibrio de alianzas opuestas y después de tres crisis balcánicas en poco más de cinco años, los Balcanes se presentaban a la altura de junio de 1914 como el principal escenario en el que las principales potencias europeas lucharían por

consigno para el sistema internacional. ARÓSTEGUI, Julio: *La Europa de los imperialismos (1898-1914)*, Anaya, Madrid, 1991, p. 70; CAVA, María Jesús: “Las alianzas europeas y la paz armada, 1890-1914”, en PEREIRA, Juan Carlos (coord.): *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Ariel, Barcelona, 2009, pp. 260-262. En este sentido, en torno al debate historiográfico sobre la fortaleza o debilidad del edificio diplomático de Bismarck, vid. HAMEROW, Theodor S. (ed.): *Otto von Bismarck and Imperial Germany: A Historical Assessment*, D. C. Heath & Co, Toronto, 1994.

⁵⁶ BORN, Karl E.: *op. cit.*, pp. 223-224; ZORGBIBE, Charles: *op. cit.*, pp. 66-67.

⁵⁷ Sobre los fundamentos generales de la *Weltpolitik* alemana, BORN, Karl E.: *op. cit.*, pp. 185-189, 224-236; HILDEBRAND, Klaus: *Das vergangene Reich. Deutsche Außenpolitik von Bismarck bis Hitler*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1995, pp. 227-243; SCHIEDER, Theodor: *op. cit.*, pp. 110-129. Uno de los motivos del fracaso alemán fue sin duda el mecanismo colegiado en la toma de decisiones, que obligaba a conciliar las opiniones del káiser, del canciller, del secretario de Estado y de los consejeros personales, incluyendo a un nutrido grupo de militares. En la crisis de Agadir de la segunda mitad de 1911 se observaron las consecuencias negativas que se podían derivar de este modelo de toma de decisiones: mientras el canciller Bethmann-Hollweg hizo siempre gala de un talante negociador, el secretario de Estado Kinderlen-Wächter actuó por libre y movido por sus propias ambiciones políticas. MOMMSEN, Wolfgang J.: “Domestic factors in German foreign policy before 1914”, en *Imperial Germany 1867-1914...*, p. 176; HILDEBRAND, Klaus: *op. cit.*, pp. 260-265.

defender sus intereses⁵⁸. Ciertamente es que se habían dado sobradas muestras de querer evitar un conflicto generalizado, en especial como solución a las dos crisis internacionales desencadenadas por Alemania en Tánger (1905) y Agadir (1911), tanto públicas –Conferencia de Algeciras (enero-abril de 1906)⁵⁹– como secretas –caso de las conversaciones entre Alemania e Inglaterra, recurrentes entre 1898 y 1912, y Alemania y Francia, en especial en 1909 y 1911⁶⁰–. Pero la realidad es que desde finales de 1912, sobre todo una vez solucionada la cuestión marroquí, las alianzas habían comenzado a desarrollar, con cautela pero con celeridad, un rearme y un refuerzo de sus acuerdos militares, ante lo que se percibía como una más que posible nueva guerra balcánica⁶¹. El asesinato de Francisco Fernando fue, por tanto, una nueva ocasión para ver cómo las potencias europeas pondrían en práctica su experiencia acumulada, en la que se mezclaban deseos de paz y conciliación, presiones internas, lenguajes beligerantes, percepciones recíprocas de amenaza y cansancio notable por una tensión sostenida durante demasiados años. El futuro de los europeos pendía pues de un hilo.

IV. UNA CALMA RELATIVA Y APARENTE (28 DE JUNIO–23 DE JULIO)

“Hoy la humanidad ve que su evolución acelera con demasiada furia, del mismo modo en que todo lo que cae en el abismo lo hace cada vez más rápido”.

PIERRE LOTI

Algunos aspectos del vértigo mundial (1917)

De momento, los sucesos de Sarajevo quedaron muy lejos en Londres. Durante buena parte del verano de 1914 los ingleses estuvieron más preocupados por Irlanda, cuyo acomodo en su larga tradición liberal y par-

⁵⁸ MENCHÉN, María Teresa: “Los Balcanes”, en DE LA TORRE, Rosario (et al.): *Los imperios frente a frente: Marruecos, Balcanes, Japón y China (1905-1914)*, Historia 16, Madrid, 1997, p. 114.

⁵⁹ Esta conferencia internacional ha sido recientemente reinterpretada desde la perspectiva de un “imperialismo negociado” al que el concierto europeo recurría periódicamente para solucionar sus diferencias, creando un consenso tácito que Alemania comenzó a saltarse progresivamente. *Vid.* JONES, Heather: “Algeciras Revisited: European Crisis and Conference Diplomacy, 16 January-7 April 1906”, *Max Weber Working Paper*, 2009, pp. 1-16.

⁶⁰ BORN, Karl E.: *op. cit.*, pp. 203-205, 210-211, 234-237, 251-253; TAYLOR, Alan J. P.: *op. cit.*, pp. 395-399, 461-465.

⁶¹ AROSTEGUI, Julio: *op. cit.*, p. 81.

lamentaria se les seguía resistiendo⁶². Mientras tanto, los franceses seguían con atención el juicio a la mujer del ministro de Finanzas Joseph Caillaux, que dimitió de su cargo el 17 de marzo, por el asesinato del director del periódico *Le Figaro*. Un nuevo escándalo nacional se sumaba así al inestable panorama político de la Francia de la Tercera República, que en esta ocasión se cobró como víctima política a un firme defensor del entendimiento con Alemania⁶³. Los rusos, por su parte, contemplaron los sucesos de finales de junio y comienzos de julio con notable indiferencia⁶⁴. Pero en este contexto de calma relativa no resulta extraño que las élites políticas y militares de los Estados europeos, sobre todo de aquellos con mayores implicaciones en los Balcanes, se dispusieran a analizar la nueva situación y comenzaran a esbozar la estrategia a seguir ante las eventualidades que pudieran surgir en el futuro.

En efecto, Francia se mostró pronto suspicaz ante las dificultades que podrían producirse en caso de que Rusia la reclamase para defender sus intereses en los Balcanes en una hipotética guerra localizada. Siendo realistas, lo que implicaba no poder contar de momento con Inglaterra, en París se tuvo claro desde el principio que la única opción de éxito radicaría en un ataque rápido de Rusia. Sin embargo, Raymond Poincaré, presidente de la República y auténtico hacedor de la política exterior francesa en estos momentos, fue consciente de que la aliada oriental era un gigante con pies de barro, por lo que tampoco pretendió que los rusos adoptasen una conducta excesivamente provocativa hacia Austria-Hungría⁶⁵.

Con toda probabilidad se habló de ésta como de otras cuestiones en las conversaciones celebradas en San Petersburgo entre el 20 y el 23 de julio, durante el transcurso de una de las tradicionales visitas que Francia y

⁶² Tanto en la prensa como en los debates parlamentarios se hablaba de Europa en segundo plano, pues hasta al menos la última semana de julio el tema estrella fue la tensión en el Úlster. HASTINGS, Max: *op. cit.*, p. 99. La historiografía suele pasar por alto la enorme influencia de los sucesos irlandeses en la toma de decisiones de Londres durante la Crisis de Julio y posteriormente durante la Primera Guerra Mundial. Algunos autores han tratado recientemente de salvar este vacío, como es el caso de FANNING, Ronan: *Fatal Path. British Government and Irish Revolution 1910-1922*, Faber & Faber, London, 2013.

⁶³ Así lo mostró cuando fue primer Ministro en la segunda mitad de 1911, cuando tras el desembarco del *Panther* en Agadir negoció con Berlín la preeminencia francesa en Marruecos a cambio de importantes concesiones a los alemanes en el Congo francés. Un estudio clásico de la historiografía francesa de las relaciones internacionales sobre el proceso de toma de decisiones durante la crisis de Agadir es el de ALLAIN, Jean-Claude: *Agadir 1911: une crise impérialiste en Europe pour la conquête du Maroc*, Université de Paris I Panthéon-Sorbonne, Institut d'histoire des Relations Internationales Contemporaines, Paris, 1976. En la misma línea de búsqueda de "fuerzas profundas" que influyeron en la decisión de Caillaux, *vid.* RENOUVIN, Pierre y DUROSELLE, Jean-Baptiste: *op. cit.*, pp. 423-427.

⁶⁴ MACMILLAN, Margaret: *op. cit.*, pp. 682-687.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 688.

Rusia se hicieron periódicamente desde el verano de 1891. La fecha en que se produjo el encuentro, en vísperas del ultimátum austrohúngaro a Serbia, le añade un interés histórico especial: ¿se decidió en la capital rusa la actitud a seguir por Francia y Rusia para salvaguardar la integridad de Serbia frente a las Potencias Centrales?

Por desgracia son escasas las evidencias en torno a este acontecimiento trascendental, lo que no deja de llamar la atención si se tiene en cuenta la tendencia progresiva a levantar el secreto de mucha documentación comprometida para los Estados implicados en la Primera Guerra Mundial a lo largo del siglo XX. Por ello sigue siendo una incógnita la información manejada en esta cumbre, que reunió de parte francesa a Poincaré, René Viviani, jefe del Gabinete y ministro de Exteriores, y Maurice Paléologue, embajador en Rusia; y de parte rusa a Sergéi Sazónov, ministro de Exteriores, y al propio zar Nicolás II. Parece probado que existió en las conversaciones un ambiente de suma expectación por los sucesos balcánicos, a juzgar por las gestiones personales de Paléologue, ferviente defensor de la alianza anti-alemana⁶⁶, o por el desciframiento por parte de Rusia de la clave telegráfica usada por Viena en los mensajes intercambiados con su embajada en San Petersburgo, de lo que pareció intuirse que algo se estaba tramando en Austria-Hungría⁶⁷. Otras referencias indirectas al encuentro franco-ruso, como la carta escrita por Paléologue en 1936 al historiador francés P. Renouvin o las anotaciones del agregado de la embajada francesa en San Petersburgo Louis de Robien, apuntan hacia una doble dirección: por un lado, la conciencia que todos tuvieron a la altura de esos días de julio de la gravedad de la situación; por otro, la posibilidad de que Poincaré ofreciera todo su apoyo a Rusia en caso de guerra inminente, lo que no dejó nunca de encerrar, como bien se ha dicho, su temor a la debilidad rusa⁶⁸.

La matizada normalidad existente en la Triple Entente fue tanto más aparente cuanto el foco se desplaza a las Potencias Centrales, en las que todos los mecanismos se pusieron desde el principio en marcha para organizar

⁶⁶ Vid. CLARK, Christopher: *op. cit.*, pp. 499-518.

⁶⁷ JOLL, James: *The Origins of the First World War*, Longman, New York, 1984, p. 12.

⁶⁸ TRACHTENBERG, Marc: "French Foreign Policy in the July Crisis, 1914: A review Article", en *H-Diplo/ISSF Essay Series*, nº 3, 2010, pp. 4-6, <http://www.h-net.org/~diplo/ISSF/3-Trachtenberg.pdf> [30/10/2014]. Ahondar en esta reunión serviría para sacar a Francia de su papel pasivo en la Crisis de Julio, aparentemente sepultada por las decisiones tomadas por Rusia o Alemania. Frente a la perspectiva de una Francia a remolque de los acontecimientos, defendida en KEIGER, John: *France and the Origins of the First World War*, Macmillan, London, 1983; o ÍD.: *Raymond Poincare*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, la interpretación del papel activo de la política y el ejército francés en la crisis ha sido recientemente resaltada por SCHMIDT, Stefan: *Frankreichs Außenpolitik in der Julikrise 1914: Ein Beitrag zur Geschichte des Ausbruchs des Ersten Weltkrieges*, Oldenbourg, München, 2009.

una respuesta firme y consensuada a la provocación de Serbia. Partiendo de la sospecha de que el gobierno serbio de Nikola Pašić sabía de los preparativos del asesinato de la pareja real, o incluso había estado detrás del mismo, Austria-Hungría decidió dirigirse a Alemania en busca de respaldo, y con no poco éxito. La misión liderada por el diplomático Alexander Hoyos enviada a Berlín obtuvo de Guillermo II, en la reunión del 5 de julio, el conocido “cheque en blanco”, con el que el imperio alemán se comprometió a respaldar incondicionalmente las acciones que Austria-Hungría decidiera emprender contra Serbia. Este nuevo impulso a la Dúplice Alianza, la única superviviente de los sistemas bismarckianos que se había renovado sin interrupciones desde 1879 –si exceptuamos la Triple con Italia, país que llevaba adoptando una postura ambigua desde comienzos de siglo–, alentó a Viena para ir preparando desde el 14 de julio un ultimátum a Serbia, cuya redacción finalizó el día 19⁶⁹.

La dureza de las acciones de Alemania y Austria-Hungría en esta primera etapa de la Crisis de Julio requiere una detenida y contextualizada explicación. Es sabido que buena parte de la historiografía ha atribuido la responsabilidad principal de los sucesos de julio a Alemania, en concreto a los riesgos que asumió con el “cheque en blanco”. Fracasadas las últimas conversaciones de limitación de armamentos con Inglaterra en febrero de 1912, que incluyeron una visita del ministro de la Guerra británico Richard Haldane a Berlín, el Estado Mayor alemán comenzó a mostrarse cansado de obtener soluciones provisionales a golpe de crisis y se fue convenciendo de la necesidad de una guerra preventiva e inmediata en los Balcanes⁷⁰. Pese a lo que de verdad hay en esta afirmación, la contribución alemana a la espiral bélica en julio de 1914 ha sido matizada sobre la base de tres argumentaciones.

La primera se centra en las propias motivaciones de los alemanes para adoptar la línea dura del “cheque en blanco”. Existen evidencias que apuntan hacia una percepción de la debilidad militar de la alianza germano-austriaca con respecto a la Triple Entente y las desventajas que traería consigo una guerra generalizada. Sobre esta base, el “cheque en blanco” habría sido concebido como una manera de amedrentar a Rusia, de cuya capacidad militar también se desconfiaba a la vista de su débil comportamiento en las anteriores crisis balcánicas, y

⁶⁹ MACMILLAN, Margaret: *op. cit.*, p. 669; MOMB AUER, Annika: “A Reluctant Military Leader? Helmuth von Moltke and the July Crisis of 1914”, en *War in History*, vol. 6, nº 4, 1999, p. 427. Es curioso advertir cómo la historiografía considera que uno de los factores que más pesó en Austria-Hungría para retrasar la redacción del ultimátum hasta mediados de julio fue la cosecha, de la que dependía la economía escasamente industrializada de la monarquía.

⁷⁰ MOMMSEN, Wolfgang J.: *op. cit.*, pp. 183-187. Éste sería el “pecado original” de la política alemana: no querer de entrada una guerra generalizada, pero asumir y prepararse para su llegada. HASTINGS, Max: *op. cit.*, pp. 86-87.

a Inglaterra, cuya particular tendencia al aislacionismo y la neutralidad empezó a ser valorada en el juego estratégico alemán⁷¹. La intranquilidad que provocaba una eventual inferioridad militar alemana, al menos si se dejaba correr el tiempo en exceso, asaltó incluso a los “halcones” militares del Estado Mayor alemán y provocó en respuesta la presión a Viena para que tomara represalias rápidas contra Serbia. Entre los militares dubitativos se encontraba nada menos que el jefe del Estado Mayor Helmuth J. L. von Moltke, sobrino de Helmuth von Moltke, el que fuera héroe militar del ejército prusiano en la era bismarckiana⁷².

Otros factores condicionantes de la adopción del “cheque en blanco” por parte de Alemania fueron el cansancio mostrado por los políticos más pacifistas –o menos beligerantes, según se mire– a la hora de resistirse a las presiones acumuladas de los militares, o la contemplación de la paz como una muestra de debilidad frente al enemigo⁷³. Como se observa, el incremento de la tensión por unos u otros motivos con fines disuasorios se encuentra desde los comienzos de la Crisis de Julio, conducta en clara continuidad con lo que habían sido las pruebas de fuerza que se venían detectando en el sistema internacional desde 1905 y que se extendería al resto de potencias en sucesivas fases de la crisis.

La segunda argumentación incide en el papel de los políticos y militares austrohúngaros en el agravamiento de la crisis. Tan solo el primer ministro húngaro István Tisza se opuso, y solo al principio, a declarar la guerra a Serbia, con las implicaciones que ello tendría para el sistema internacional. El máximo defensor de la beligerancia austriaca fue el jefe del Estado Mayor Conrad von Hötzendorf, que lideró un proceso bastante racional, rastreable desde la crisis bosnia de 1908, en la toma de la decisión final de declararle la guerra a Serbia cuando se presentase la ocasión oportuna⁷⁴. Un difuso sentimiento de venganza y prestigio estuvo pues detrás de la beligerancia mostrada por Austria-Hungría hacia Serbia, tras cuya derrota se deseaba, no obstante, una aceptación pactada con Rusia del reequilibrio de poder en los Balcanes, no una eliminación de su influencia, tal y como venía ocurriendo en años anteriores⁷⁵.

⁷¹ NORTH, Robert C.: “Perception and Action in the 1914 Crisis”, en *Journal of International Affairs*, vol. 21, nº 1, 1967, pp. 107-108.

⁷² “Moltke el Joven” combinó un lenguaje belicoso de cara a la galería con algunas dudas, expresadas en conversaciones privadas con su círculo más cercano. MOMB AUER, Annika: “A Reluctant Military Leader?..”, pp. 420-429.

⁷³ JOLL, James: *op. cit.*, p. 12; MACMILLAN, Margaret: *op. cit.*, pp. 661-668. La autora británica enfatiza el valor que el honor representaba en el código de valores de la época.

⁷⁴ MACMILLAN, Margaret: *op. cit.*, pp. 657-659. Conrad insistió en entrar en guerra hasta en 26 ocasiones en el último año y medio. HASTINGS, Max: *op. cit.*, p. 70

⁷⁵ SCHRÖDER, Paul W.: “Stealing horses to great applause: Austria-Hungary decision’s in 1914 in Systemic Perspective”, en AFFLERBACH, Holger y STEVENSON, David (eds.):

La tercera y última pasa por resaltar la línea dura que Francia adoptó desde los primeros momentos de la crisis, de manera muy semejante a la postura tomada por Alemania con respecto a Austria-Hungría. No obstante, la actividad de Francia se puso más de manifiesto en la siguiente fase de la crisis.

V. LA TENSION CRECE (23-28 DE JULIO)

“El hombre totalmente sano en todos los aspectos sencillamente no puede actuar mal o con intención malvada; sus acciones son, por fuerza, buenas, es decir, correctamente adaptadas a la evolución de la especie humana”.

HUGO RIBBERT (1855-1920)

El ultimátum de Austria-Hungría a Serbia, presentado en Belgrado en la tarde del 23 de julio y retrasado unos días más para que no coincidiera con el encuentro franco-ruso en San Petersburgo⁷⁶, fue concebido para no ser aceptado, lo cual dice por sí mismo bastante de las intenciones de Austria-Hungría.

Fuera de los Balcanes, las durísimas condiciones del ultimátum causaron un shock profundo en todas las cancillerías europeas. Desde entonces, la tercera guerra balcánica en dos años entraba en una nueva fase de creciente tensión. La posibilidad que cabía a estas alturas a la política, la diplomacia y los planes militares de los Estados europeos era alcanzar un correcto balance entre aspectos tan contradictorios como la búsqueda del entendimiento entre las partes enfrentadas para limitar el alcance de la guerra, o si era aún posible evitarla; la obtención de garantías en torno al cumplimiento de los compromisos existentes entre los aliados; y la preparación de las estrategias militares encaminadas hacia la movilización del ejército, en caso de que fuera necesario pasar a la acción. Especial atención por su sensibilidad merecía esta última cuestión, mucho más en lo concerniente a la movilización alemana, que se había ideado, en virtud de los planes de Alfred von Schlieffen, sobre la base del temido ataque en dos frentes. Con tal estado de cosas, los errores en la percepción de la situación y en la toma de decisiones podían ser fatales para el devenir de los acontecimientos.

An Improbable War? The Outbreak of World War I and European Political Culture before 1914, Berghahn Books, New York, pp. 17-24.

⁷⁶ HASTINGS, Max: *op. cit.*, p. 93; JOLL, James: *op. cit.*, p. 12.

Uno de los países en los que el temor comenzó a apoderarse de los círculos de poder fue la Rusia zarista, que despidió la misma mañana del 23 de julio a Poincaré y a Viviani. No es casualidad que la movilización parcial del ejército ruso en su frontera suroccidental comenzara a prepararse incluso antes de que el propio zar firmara el decreto oficial, pues existían notables divergencias entre Nicolás II y Sazónov, partidarios de una solución negociada, y una plana mayor del ejército mucho más beligerante⁷⁷. Mientras las presiones de Serbia y de Francia no hacían sino intensificarse sobre los rusos, el caballo de batalla en Moscú era optar por la movilización parcial o general, si es que el significado simbólico de ambas de cara a los aliados centroeuropeos no era el mismo.

Por su parte, Poincaré y Viviani tuvieron constancia del ultimátum austrohúngaro cuando hicieron escala en Estocolmo el día 25. Aunque el regreso a París se adelantó una vez conocida la noticia, no se pudo evitar que otros tomaran posiciones en una dirección poco proclive a una solución negociada. Mientras que Paléologue prometió por su cuenta todo el apoyo posible y pidió a Rusia firmeza en la respuesta a Austria-Hungría, el ministro de la Guerra Adolphe Messimy y el jefe del Estado Mayor Joseph Joffre, en un manejo de futuribles que no parecía tener límites, recomendaron el día 27 a San Petersburgo que atacase lo antes posible en la frontera con Prusia en caso de guerra general⁷⁸. Los defensores de la interpretación de la línea dura adoptada por Francia a medida que se avecinaba la guerra austro-serbia se basan en la propia necesidad que imponían los planes militares del Estado Mayor francés. Basándose en la *offensive à outrance* o “ataque en exceso” en el frente alemán, materializada en el Plan XVII de Joffre de ataque por la región de Alsacia, el prerrequisito esencial para el éxito de la estrategia francesa era una ofensiva rápida de los rusos por el frente oriental. Se pensó así que un apoyo incondicional a Rusia en los Balcanes, región que no era de la estricta incumbencia de Francia, obligaría de alguna manera a sus aliados a hacer lo posible por responder con presteza a los ruegos de París⁷⁹.

Como se observa, los planes militares de Francia estaban inspirados en el mismo procedimiento táctico, la ofensiva, entendida como un procedimiento de ataque directo, rápido, destructivo y preventivo contra el enemigo. Este “culto a la ofensiva” respondió para algunos autores al privilegio de las directrices militares en la toma de decisiones durante la Crisis de Julio, ya que el ejército se independizó de la política en estas semanas críticas, creando una peligrosa dinámica acción-reacción que fomentó un clima propicio

⁷⁷ JOLL, James: *op. cit.*, p. 14; MACMILLAN, Margaret: *op. cit.*, pp. 692, 695.

⁷⁸ JOLL, James: *op. cit.*, p. 17; TRACHTENBERG, Marc: *op. cit.*, p. 6.

⁷⁹ TRACHTENBERG, Marc: *op. cit.*, pp. 7-8

a un desenlace bélico generalizado. Frente a este modelo “organizacional” en la toma de decisiones, concebida como un proceso en el que intervienen distintos organismos e instituciones estatales a menudo enfrentados entre sí, otros autores consideran que detrás de la apuesta por las doctrinas ofensivas a partir de finales de julio subyacieron objetivos políticos, una auténtica política de Estado basada en la disuasión del enemigo mediante el apoyo a ultranza del aliado en apuros⁸⁰. Asimismo, la intransigencia francesa puede sustentarse sobre otros argumentos, entre ellos cuestiones tan difíciles de medir como la excitabilidad, el gusto por el riesgo o la pasión antialemana⁸¹. En ambos sentidos, la actitud y la percepción de la situación internacional por parte de Francia no se diferenciaron mucho de la conducta de Alemania.

Por otro lado, durante estos días las acciones alemanas comenzaron a caracterizarse por un creciente nerviosismo que llevó a la ejecución simultánea de políticas y decisiones contradictorias, agrandando las divergencias entre el ejército y la política berlinesa a la hora de encarar la crisis balcánica. Moltke, en su línea, presionó al límite a Viena para que la declaración de guerra a Serbia fuera inmediata, después de que ésta contestase el día 25 al ultimátum con alguna reserva concerniente a la intromisión austriaca en sus asuntos internos. Tal era la prisa por atacar pronto que, pese a las advertencias de Viena de que la movilización completa de sus efectivos no sería posible hasta el 12 de agosto, la presión del Estado Mayor alemán acabó por precipitar la decisión⁸².

Paralelamente, Guillermo II dio una nueva muestra de la maleabilidad de su carácter al relajar durante un breve espacio de tiempo su postura beligerante, justo cuando la declaración de guerra a Serbia era cuestión de horas. De regreso a Berlín después de uno de sus habituales cruceros y tras haber leído con tres días de retraso la contestación serbia al ultimátum, el káiser escribió al ministro de Exteriores Gottlieb von Jagow horas antes de la declaración que “toda causa de guerra se ha(bía) desvanecido” ante la humillación sufrida por Serbia⁸³. Estas declaraciones fueron acompañadas de una propuesta personal de Guillermo II, la “parada en Belgrado” (*Halt in Belgrade*), que pretendía una negociación entre Austria-Hungría y Serbia una vez que la capital eslava hubiera sido tomada. Esta posibilidad había sido descartada incluso por Bethmann, quien llegó a retrasar un día –del

⁸⁰ Ambas posiciones son defendidas, respectivamente, por VAN EVERA, Stephen: “The Cult of Offensive and the Origins of the First World War”, en *International Security*, vol. 9, nº 1, 1984, pp. 58-107; y SAGAN, Scott D: “1914 Revisited: Allies, Offense, and Instability”, en *International Security*, vol. 11, nº 2, 1986, pp. 151-175.

⁸¹ TRACHTENBERG, Marc: *op. cit.*, pp. 8-12.

⁸² JOLL, James: *op. cit.*, p. 18.

⁸³ NORTH, Robert C.: *op. cit.*, pp. 110-111.

27 al 28– la entrega de la propuesta del emperador a Viena. La posición del canciller en el gabinete alemán no había dejado nunca de ser incómoda, pues aunque a estas alturas parecía convencido de que la guerra ya era inevitable aún confiaba en que la respuesta rusa pudiera frenarse. No creía ver en los movimientos que estaba haciendo el ejército ruso en la frontera una amenaza directa a los intereses alemanes, maniobras ya evidentes tras la declaración oficial de guerra a Serbia por parte de Austria-Hungría el día 28 por la tarde⁸⁴.

Además de los miedos secretos y del pánico escénico a una guerra generalizada, ¿qué hubo detrás del guiño a la paz por parte de los políticos alemanes en este momento clave de la Crisis de Julio? Sin duda, la mano de Inglaterra, y más en concreto del ministro de Exteriores sir Edward Grey, se dejó ver en adelante en la mayoría de las acciones diplomáticas encaminadas a salir del atolladero en que se habían metido las potencias europeas.

Como se dijo, Inglaterra siguió en principio los acontecimientos continentales desde la distancia, apelando a una libertad de acción que, por su fortaleza interior y su hegemonía marítima, se había podido permitir durante mucho tiempo. No obstante, las transformaciones del sistema internacional en el camino de la mundialización de las relaciones internacionales y la industrialización acelerada de nuevos países, en especial Alemania, habían hecho que Inglaterra se repensase su política exterior desde los años de entresiglos. En medio de los choques con grandes potencias –Estados Unidos (Venezuela, 1895) y Francia (Fashoda, 1898)–, de la guerra con los bóers (octubre de 1899–mayo de 1902) y del shock producido por la derrota rusa en la guerra contra Japón (1905), el *hegemon* marítimo entendió que la mejor herramienta para que su imperio sobreviviera a este complejo panorama era la búsqueda de aliados en Europa y en el mundo, es decir, el abandono de su espléndido aislamiento⁸⁵.

Ello tuvo como consecuencia la consecución de una alianza con Japón (enero de 1902) y, en clave europea, la apuesta por la reconciliación colonial con Francia y Rusia (1904 y 1907, respectivamente). Pero a pesar

⁸⁴ JOLL, James: *op. cit.*, p. 18; MOMMSEN, Wolfgang J.: *op. cit.*, pp. 187-188. Bethmann se mantuvo dubitativo hasta el final. De hecho, tras la firma del acuerdo con Inglaterra por el tren de Bagdad en el mismo mes de julio e incluso después de la declaración de guerra a Rusia y a Francia, el canciller seguía esperando que los ingleses se abstendrían de declarar la guerra a Alemania. BORN, Karl E.: *op. cit.*, p. 259.

⁸⁵ Vid. MONGER, George W.: *The End of Isolation. British Foreign Policy, 1900-1907*, Thomas Nelson and Sons, London, 1963; y TAYLOR, Alan J. P.: *op. cit.*, pp. 372-402. Una buena síntesis de las aportaciones de la historiografía británica en DE LA TORRE, Rosario: “La política internacional británica en torno a la Conferencia de Algeciras”, en GONZÁLEZ, José Antonio y MARTÍN, Eloy (eds.): *La conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2007, pp. 23-49.

de estos vínculos y pese a la necesidad británica de que reinase la paz en el Mediterráneo oriental a fin de asegurar la estabilidad de sus intereses marítimos, los británicos se mantuvieron reticentes hasta el último momento. Fue decepcionante, sobre todo para Francia, la resistencia mostrada por el gabinete liberal de Herbert H. Asquith a pronunciarse sobre la amenaza que se cernía sobre la estabilidad del continente. Todos buscaron la reacción del *Foreign Office*. Sazónov y Poincaré afirmaron a sendos embajadores británicos en Rusia y Francia, George Buchanan y Francis Bertie, que la paz europea dependía directamente de Inglaterra⁸⁶. Cuando las presiones de Francia se hicieron extensivas a Alemania, una vez declarada la guerra austro-serbia, Bethmann se dispuso a tantear a los ingleses con su neutralidad a cambio del compromiso alemán a no anexionar territorios franceses continentales tras la guerra⁸⁷.

A todos, aliados y enemigos, respondió Grey en alguna ocasión con dudas sobre la intromisión de Inglaterra, sin por ello arriesgarse a romper los compromisos contraídos⁸⁸. Tenía dos razones de peso para ello. La primera, en el contexto de las percepciones propias del clima enrarecido de julio de 1914, era su creencia en que un firme apoyo inglés a Francia podía enva- lentonar en exceso a los rusos, que parecían nerviosos y dudosos sobre el camino a seguir⁸⁹. La segunda razón, de orden doméstico y extendida hasta los primeros días de agosto, fue el freno a la intervención inglesa impuesto por un amplio sector del gabinete Asquith. Uno de los mayores defensores de la abstención fue Haldane, ahora Lord Canciller, mentor político y amigo personal de Grey y creador de la *British Expeditionary Force*, el ejército continental británico, que a su juicio no estaba aún bien preparado para defender el Rin de un hipotético ataque alemán⁹⁰.

Fuera como fuera, lo cierto es que Grey, pese a su rechazo personal a la guerra se había convencido ya de que Inglaterra debía acercarse de alguna

⁸⁶ JOLL, James: *op. cit.*, p. 19.

⁸⁷ VALONE, Stephen J.: “«There Must Be Some Misunderstanding»: Sir Edward’s Grey’s Diplomacy of August 1, 1914”, en *Journal of British Studies*, vol. 27, n° 4, 1988, p. 409. El día 30 Bethmann extendería el compromiso a Bélgica.

⁸⁸ En el fondo, la postura ambivalente de Grey era coherente con su trayectoria al frente del *Foreign Office*. Ya en enero de 1906, recién nombrado ministro de Exteriores, comentó al embajador alemán en Londres, Wolff-Metternich, que Inglaterra no toleraría nunca un enfrentamiento franco-alemán, pero en caso de que éste se produjera ningún gobierno inglés apoyaría a Francia. Paralelamente, recién comenzada la Conferencia de Algeciras, Grey quiso guardarse las espaldas autorizando conversaciones militares con Francia. TAYLOR, Alan J. P.: *op. cit.*, pp. 437-438.

⁸⁹ JOLL, James: *op. cit.*, p. 20; MACMILLAN, Margaret: *op. cit.*, pp. 697-700.

⁹⁰ WILSON, Keith M.: “Understanding the ‘Misunderstanding’ of 1 August 1914”, en *The Historical Journal*, vol. 37, n° 4, 1994, pp. 886-887.

forma a Francia, adoptó en estos momentos críticos de la crisis una conducta contradictoria. Al mismo tiempo que quiso convencer al Gobierno de la necesidad de que Inglaterra entrase en la guerra llegado el caso⁹¹, trató de evitar que la crisis balcánica se desbocara. Recurrió para ello a dos mecanismos. Por un lado, aprovechando el breve lapso de tiempo transcurrido entre la contestación serbia al ultimátum de Austria-Hungría y la definitiva declaración de guerra, propuso mediar en el conflicto en forma de conferencia multilateral a cuatro con Francia, Italia y Alemania –lo que ésta rechazó inmediatamente– y de presión directa a Berlín para que frenase a Austria-Hungría –esta fue la inspiración de la propuesta *Halt in Belgrade*–. Por otro lado, Grey pretendió disuadir y relajar el ambiente a través de un procedimiento a caballo entre lo que su Gobierno y sus convicciones le sugerían, es decir, afirmando ante los embajadores de Francia y Alemania, Paul Cambon y el príncipe de Lichnowsky, lo contrario de lo que deseaban oír: al primero le aseguró que Inglaterra no se vincularía con nadie en el continente; y al segundo le afirmó que, de continuar la escalada de tensión y las provocaciones alemanas, Inglaterra tomaría decisiones ejemplares con rapidez⁹².

Todo este conjunto de actuaciones en esta semana crucial de la Crisis de Julio, en la que la línea entre la paz y la guerra se volvió más difuminada que nunca, ha dado lugar a diversas valoraciones, interpretaciones y controversias, de las que se pueden destacar las dos que confrontan la actitud y las decisiones tomadas por Alemania y por los dos “polos” del sistema internacional, Inglaterra y Rusia: (a) ¿qué influyó más sobre la toma de decisiones de Alemania: las informaciones sobre la inminente movilización rusa o las contradictorias propuestas que procedían de Londres?, lo que lleva a contemplar hasta qué punto el riesgo corrido por Alemania en la crisis con respecto a Austria-Hungría se hizo sobre la base de la previsible neutralidad británica; y (b) ¿se podría haber evitado la guerra en el caso de que Inglaterra hubiera dudado menos y se hubiera comprometido antes con la Triple Entente?⁹³ Como la historiografía no ha llegado, ni quizá llegará, a un consenso y tan sutiles parecen las diferencias apuntadas, parece más lógico pensar en que la acumulación de errores de percepción y de cálculo contribuyó a crear un efecto contrario al que muchos persiguieron en esta segunda fase de la Crisis de Julio, la pacificación.

⁹¹ De momento, solo se pudo ordenar a Winston Churchill, primer Lord del almirantazgo, que reconcentrara la flota británica en el Canal de la Mancha. JOLL, James: *op. cit.*, p. 16.

⁹² JOLL, James: *op. cit.*, pp. 15-16; VALONE, Stephen J.: *op. cit.*, p. 408.

⁹³ Estos interrogantes han sido abordados por MOMBAUER, Annika: “A Reluctant Military Leader?...”, pp. 439 y en una interesante réplica entre especialistas sobre la Crisis de Julio: LEVY, Jack S.; CHRISTENSEN, Thomas J.; y TRACHTENBERG, Marc: “Mobilization and Inadvertence in the July Crisis”, en *International Security*, vol. 16, nº 1, 1991, pp. 189, 198-201. Sobre la responsabilidad británica, la divergencia de pareceres más reciente se encuentra en las obras de Niall FERGUSON y la reciente de Max HASTINGS.

VI. EL SALTO AL VACÍO (28 DE JULIO–4 DE AGOSTO)

“Todos los Estados reducidos a polvo, todos los trabajos interrumpidos, todos los fuegos del hogar vueltos hacia arriba, y un único grito de dolor de una frontera a otra. Cada poblado será un holocausto, cada ciudad una pila de escombros, cada campo, un campo de cadáveres, y la guerra seguirá haciendo estragos”.

BERTHA VON SUTTNER (1843-1914)

La llegada de la guerra a los Balcanes acercaba la necesidad de movilizar los ejércitos de los Estados europeos y, por extensión, la posibilidad de que la inestabilidad y la sensación de inseguridad del sistema internacional significaran un *casus foederis* que pusiera en marcha las alianzas. Con el paso de las horas y los días desde la tarde del 28 de julio, los gobiernos europeos protagonizaron una actividad diplomática frenética⁹⁴ a fin de que la situación no desembocase en una guerra generalizada de fatales consecuencias, presionados por las acciones de aquellos Estados que de manera inminente fueron decidiendo entrar en acción. Tal fue el caso de Rusia, donde solo el zar parecía ya dudar sobre la pertinencia de la movilización general, hasta que a las 5 de la tarde del día 30 ésta fue decretada para el día siguiente. De nada sirvió la apelación a la solidaridad monárquica, un recurso de la política exterior vacío de contenido desde hacía décadas, en la correspondencia intercambiada entre “Willy” y “Nicky” –Guillermo II y Nicolás II–, en la que ambos monarcas se exhortaban mutuamente a agotar todas las vías pacíficas posibles antes de recurrir a la violencia⁹⁵.

En este mismo sentido pacificador, hay que referirse a dos iniciativas diplomáticas procedentes de Berlín y Londres que hasta el último momento trataron de apostar por la paz; dos iniciativas que, pese a que tenían una alta probabilidad de fracasar desde el principio dado el clima enrarecido que se había apoderado de las relaciones entre las potencias europeas, denotan hasta qué punto las potencias europeas llevaban tiempo acostumbradas a salvar a Europa de la guerra y en qué medida no era predecible, y mucho menos inevitable, el desenlace final de la Crisis de Julio.

⁹⁴ Una actividad que muchas veces estuvo dificultada por la saturación de las redes telegráficas y la descodificación de los mensajes cifrados. HASTINGS, Max: *op. cit.*, p. 105.

⁹⁵ BORN, Karl E.: *op. cit.*, p. 259; JOLL, James: *op. cit.*, p. 19.

La primera estuvo protagonizada por Bethmann-Hollweg. Una vez que la guerra austro-serbia era un hecho –no así las acciones militares, pues no se puede perder de vista que la movilización austriaca aún no había sido decretada– y habiendo llegado a Berlín la noticia de la movilización parcial del ejército ruso, el canciller instó a Viena en la noche del 29 al 30 de julio a que aceptase la mediación de las grandes potencias y la apertura de un proceso de negociación. Influyó en este sorprendente golpe de timón a la política alemana la llegada de un telegrama del embajador alemán en Londres con un nuevo mensaje de Grey a última hora del día 29. Éste continuaba con su estrategia disuasoria, aunque en esta ocasión se observaba un tono más serio: si Francia o Inglaterra se vieran salpicadas por un conflicto desencadenado por Alemania, el gabinete inglés consideraba que “no sería factible permanecer al margen”⁹⁶.

La esperanza de un giro en los acontecimientos no duró mucho. Para empezar, los reducidos límites que le quedaban a la política en contraposición a la inminencia que exigían los planes militares tuvieron ocasión de evidenciarse ese mismo día, cuando Moltke, movido a la vez por la belicosidad y el miedo, dejó claro que el reloj corría en contra de Alemania. En un memorándum elevado al káiser y leído también por Bethmann el día 28, el jefe del Estado Mayor argumentó el efecto dominó que implicaría la movilización rusa y observó un claro *casus foederis* en la posible declaración de guerra de Austria-Hungría a Rusia. Y al día siguiente por la mañana presionó para declarar la movilización general de Alemania sin esperar a una guerra austro-rusa⁹⁷. Además, la noticia de la movilización general de Rusia llegó a Berlín el día 30 por la tarde, lo que provocó, junto con la lectura del telegrama de Lichnowsky, la ira de Guillermo II, de la que dejó constancia en sus siempre ricas anotaciones al margen de los despachos diplomáticos⁹⁸. A caballo entre el realismo y la irracionalidad, y antes incluso de haber recibido las noticias procedentes de Rusia, de la reunión mantenida entre el ministro de la Guerra Erich von Falkenhayn, Bethmann y Moltke el mismo día 30 salió la declaración del *Kriegsgefahrzustand* –“peligro de guerra inminente”–, que sería oficial a la 1 del mediodía siguiente. En la medianoche

⁹⁶ NORTH, Robert C.: *op. cit.*, pp. 112-113. Frente a la supuesta influencia de la información procedente de Inglaterra, argumento defendido por LEVY, TRACHTENBERG considera que la noticia de la movilización rusa inspiró la maniobra de Bethmann. LEVY, Jack S.; CHRISTENSEN, Thomas J.; y TRACHTENBERG, Marc: *op. cit.*, pp. 191-194.

⁹⁷ MOMBAUER, Annika: “A Reluctant Military Leader?...”, pp. 433-434.

⁹⁸ Una vez más, salió a relucir su anglofobia, la escasa fiabilidad que le merecía esa “panda de tenderos” que eran los ingleses y su creencia en la existencia de una confabulación europea contra Alemania. NORTH, Robert C.: *op. cit.*, pp. 114-115.

del 31 Alemania lanzó imparable un ultimátum a Rusia, que expiraría a las 12 horas del día 1, para que detuviera sus acciones militares preventivas⁹⁹.

Pero la paz todavía pudo ser posible si nos atenemos a la iniciativa procedente del *Foreign Office* del día 1 de agosto. Antes de que ésta se produjera, Francia había renovado su presión sobre el gabinete Asquith con la pretensión de obtener el favor de Inglaterra ante un posible ataque alemán, que desde el día 29, con la amenaza del “peligro de guerra” y el primer bombardeo de una flotilla austriaca sobre Belgrado desde el Danubio, parecía cada vez más cerca. Al tiempo que se decidió no poner ninguna cortapisa a las acciones de Rusia –si acaso, que no provocaran a los alemanes en exceso para poder seguir pareciendo “víctimas”–, Paul Cambon movió todos sus hilos en la capital inglesa, que eran muchos después de más de 15 años en el cargo, para influir en el ánimo del gabinete y de Grey, sobre el que también presionaron pesos pesados de la diplomacia británica como Arthur Nicolson y Eyre Crowe, ahora secretarios del *Foreign Office*¹⁰⁰.

Ante el estrecho margen que le seguía dejando su Gobierno, Grey siguió en principio con su misma política. A Cambon le respondió que lo que estaba sucediendo no era un “Agadir”, que ésta era una guerra de Francia en virtud de sus acuerdos con Rusia¹⁰¹. Pese a ello, el país cuyo eventual ataque empezó a mover la terca posición de los ingleses fue Bélgica, Estado neutral desde su creación en 1839 y de nuevo en 1870 –Inglaterra, Francia y la entonces Prusia eran garantes de dicha neutralidad–, y situado en una posición geoestratégica de vital importancia para los ingleses –el estuario del Escalda– justo al otro lado del Canal y de la salida de Londres al mar. Precisamente a las potencias garantes de la neutralidad belga se dirigió Grey el día 31 a fin de saber si la guardarían ahora, a lo que Berlín respondió con evasivas¹⁰², teniendo en cuenta que su plan de ataque comenzaba por Bélgica, la puerta que les abriría Francia. Al día siguiente el gobierno inglés, en un alarde de sutileza, dejó constancia de que le sería muy difícil “contener a la opinión pública” en caso de violación de la neutralidad de Bélgica¹⁰³. El camino hacia la intervención inglesa estaba cada vez más claro, o al menos eso entendió Grey.

⁹⁹ MACMILLAN, Margaret: *op. cit.*, p. 723; MOMB AUER, Annika: “A Reluctant Military Leader?...”, p. 437.

¹⁰⁰ Para “cortejar” como fuera a Londres, el Consejo de Ministros francés decidió el día 30 que los soldados franceses se retiraran 10 kilómetros de la frontera con Alemania. JOLL, James: *op. cit.*, pp. 17, 24-25.

¹⁰¹ VALONE, Stephen J.: *op. cit.*, p. 410. A Lichnowsky se dirigió en los términos ya vistos.

¹⁰² JOLL, James: *op. cit.*, p. 23.

¹⁰³ VALONE, Stephen J.: *op. cit.*, p. 414.

En este complejo contexto se insertaron las gestiones secretas del ministro inglés, que se encuentran entre las más controvertidas de cuantas emprendió durante la crisis, no solo por las formas —a espaldas incluso de su Gobierno—, sino también por el contenido de los compromisos a los que pretendió llegar, plasmados en un auténtico galimatías de despachos diplomáticos entre Londres, Berlín, París y Bruselas, con muchos puntos aún sin esclarecer¹⁰⁴.

Con la movilización alemana, el ultimátum a Rusia y los primeros movimientos de tropas belgas, la guerra europea que Grey había querido evitar parecía inminente. En esta tesitura, el ministro decidió conversar por teléfono con el embajador alemán Lichnowsky antes de la reunión de gabinete que tendría lugar en la mañana del 1 de agosto, a fin de ofrecer a Alemania nada menos que la neutralidad de Inglaterra y de Francia —la cual se comprometía a conseguir— si los alemanes solo atacaban a Rusia. Lichnowsky, tras la notificación personal que le hizo el secretario de Grey sir William Tyrrel, envió la propuesta al *Auswärtiges Amt*¹⁰⁵. Esto enlazaría con el argumento de que la motivación profunda de Inglaterra para entrometerse en el continente residía en su deseo de que el equilibrio continental no saltase por los aires y de no perder su posición hegemónica en el sistema internacional, la cual se veía amenazada por la fortaleza de una Alemania a la que todos creían capaz de aplastar a sus contendientes¹⁰⁶.

Grey no pareció quedar satisfecho con esta medida desesperada. Después de la reunión del gabinete, en la que el ministro ocultó sus gestiones con Alemania —aunque llegó a amenazar con la dimisión si Inglaterra seguía pasiva—, Lichnowsky envió a Berlín un nuevo telegrama a las 2 del mediodía con una nueva propuesta mucho más ambiciosa: Inglaterra se comprometía a ser neutral en caso de ataque alemán a Rusia y también a Francia. Tan inverosímil parece la propuesta que la historiografía ha preferido creer que el embajador alemán, siempre receptivo a las informaciones procedentes

¹⁰⁴ A la dificultad en su reconstrucción se ha unido la distorsión de que han sido objeto estos acontecimientos, iniciada por el propio Grey y continuada por la historiografía posterior. No fue hasta los años 80 cuando este “malentendido” fue parcialmente explicado por algunos autores anglosajones siguiendo la línea que marcó Albertini en los años 40 y recurriendo, contra lo que pueda parecer, a las colecciones diplomáticas y las memorias del ministro que llevaban publicadas desde los años 20.

¹⁰⁵ WILSON, Keith M.: *op. cit.*, p. 885. Con esta acción de Grey, según Valone, quien hace un esfuerzo quizá algo forzado por justificar sus acciones de aquel día, podría venderle a Francia la abstención alemana y, a cambio de dejar sola a Rusia y romper la Triple Entente, evitar por el momento la hegemonía alemana en el continente. VALONE, Stephen J.: *op. cit.*, pp. 413-414.

¹⁰⁶ JOLL, James: *op. cit.*, p. 415.

del *Foreign Office*, entendió mal a Grey¹⁰⁷. Sea como sea, lo cierto es que el ministro, reunido a primera hora de la tarde con Lichnowsky, se desdijo repentinamente de sus propuestas. La promesa firme del Gobierno belga de resistir al ataque alemán, la inminencia de la invasión belga por parte de Alemania y sobre todo la decisión del gobierno Asquith de responder ante la violación de la neutralidad belga hicieron a Grey descartar esta iniciativa *in extremis*¹⁰⁸.

Para añadir algo más de contradicción al episodio, las evidencias documentales prueban que Grey mantuvo conversaciones con Cambon ese mismo día antes y después de reunirse con Lichnowsky. El contenido de las mismas, curiosamente, varía según la fuente consultada. Según los *British Documents*, Grey le comunicó al embajador en París Bertie que Francia no debía esperar ayuda inglesa por compromisos con Rusia que solo le atañían a ella –no sería así por Bélgica–¹⁰⁹. Por el contrario, según los *Documents Diplomatiques Français*, Cambon telegrafió a Viviani que Grey se había comprometido a proponer a la Cámara una respuesta oficial de Inglaterra si Alemania violaba la neutralidad belga o si se llegaran a atacar las costas francesas o británicas¹¹⁰.

Pese a que en cierto modo Grey trataba de continuar los esfuerzos emprendidos días atrás, es difícil llegar a discernir qué le movió a embarcarse en semejante embrollo de promesas y compromisos que no estaba en disposición de realizar ni de conseguir a estas alturas. Lo que sí parece evidente es que sus gestiones fueron fruto de la desesperación, al ver a Europa y a Inglaterra arrojadas a una guerra generalizada de consecuencias incalculables, así como que fue Bélgica, y no Francia, el elemento determinante a la hora de inclinar la balanza hacia la entrada inglesa en la espiral bélica. También sabemos que los manejos de Grey fueron conocidos en Londres solo cuando Guillermo II envió un telegrama privado a Jorge V, recibido casi en la noche del día 1, aceptando la propuesta hecha a primera hora de la mañana –todavía no había llegado a la capital alemana la negativa final–. Grey fue llamado al palacio de Buckingham para escribir una contestación oportuna al káiser, que inició con la frase “tiene que haber algún malentendido”, la cual está en el origen directo de la tergiversación posterior¹¹¹.

Hay que apuntar, por último, que el telegrama del káiser se envió después de que a las 5 de la tarde, poco después de que se hiciera oficial la movilización de Francia, él mismo firmase el decreto por el cual Alemania declaraba

¹⁰⁷ Este sería el sentido del supuesto “malentendido”. WILSON, Keith M.: *op. cit.*, p. 887.

¹⁰⁸ VALONE, Stephen J.: *op. cit.*, pp. 415-416.

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 420.

¹¹⁰ WILSON, Keith M.: *op. cit.*, p. 889.

¹¹¹ VALONE, Stephen J.: *op. cit.*, p. 422.

la guerra a Rusia. Es así como se entiende que las propuestas de Grey provocasen un duro pulso personal entre Guillermo II y Moltke: si el primero vio en la oferta británica la desaparición de la temida guerra en dos frentes, el segundo minusvaloró la seriedad de la propuesta de Inglaterra, que había estado mareándoles en los últimos días, y declaró que ya no había marcha atrás. Con la recepción final del telegrama del “malentendido”, Guillermo II dio carta blanca a Moltke para seguir adelante con los planes militares¹¹².

La entrada de Inglaterra en la guerra fue cuestión de días. Tras la invasión alemana de Luxemburgo el día 2, el vencimiento del plazo del ultimátum a Bélgica en la mañana del día 3 y la declaración de guerra a Francia por la tarde –la rapidez que exigía la ofensiva de Schlieffen provocó que los alemanes quedaran como los agresores–, Grey compareció en el Parlamento e hizo públicos los planes ingleses. El ultimátum a Alemania venció al día siguiente y, desde el día 4, Inglaterra y Alemania estaban oficialmente en guerra. La acción había ganado la partida y la diplomacia se mostró impotente a estas alturas, incluida la británica, que había sido su máxima defensora. Europa se lanzó a una guerra sangrienta, en la que el único consuelo, pensaron entonces, era la esperanza de que por Navidad todas las familias cenarían de nuevo juntas.

VII. CONCLUSIONES

“¡Ay todos esos jóvenes con sus mochilas y sus bayonetas, con sus abrigos y botas cubiertas de barro! [...] El hecho de que se presten a ello con entusiasmo, a pesar del miedo infinito y de la indecible nostalgia de la madre, es algo sublime y vergonzoso al mismo tiempo, y nunca debería constituir un motivo para ponerles en tal situación”.

THOMAS MANN
La montaña mágica (1924)

Durante décadas los historiadores han extralimitado sus funciones, priorizando la búsqueda de un culpable a la propia comprensión de los acontecimientos desarrollados en esos meses. Una valoración que podría vincularse a los planteamientos defendidos por el politólogo R. Jervis, señalando la fuerte

¹¹² MOMBAUER, Annika: “A Reluctant Military Leader?...”, pp. 441-444. En palabras de Falkenhayn, Moltke acabó ese día exhausto y profundamente turbado por el inminente futuro que esperaba a los alemanes.

necesidad entre muchos investigadores de establecer juicios de valor sobre el comportamiento de determinados Estados o figuras políticas¹¹³. Si bien la interpretación de Fischer favoreció una mayor heterogeneidad dentro del debate académico, conviene afirmar que Alemania no fue el único país culpable del inicio de este conflicto. La mayoría de las publicaciones actuales defienden la idea de una corresponsabilidad de todos los actores estatales. La crisis de 1914 se insertó dentro de un sistema internacional frágil, donde cada Estado decidió actuar en función de sus principales intereses político-estratégicos.

La historiografía ha señalado diversos factores, internos o externos, para explicar el estallido de la Gran Guerra: el imperialismo, el fuerte militarismo, el crecimiento del nacionalismo, el complejo sistema de alianzas internacionales, etc. Sin embargo, fruto de los actuales debates académicos, se ha producido un resurgimiento del interés por el sujeto histórico. Durante los últimos años, ha aumentado la necesidad de conocer los detalles y las distintas motivaciones de las decisiones tomadas durante los meses previos al estallido de la guerra. Sin desvalorar la influencia de ciertos aspectos estructurales del sistema internacional, el factor humano se convierte en el elemento clave para analizar esta crisis. De este modo, el historiador se centra en el papel de los principales dirigentes políticos, entrando en juego aspectos como las percepciones o la propia casualidad histórica.

Respecto a este último enfoque, el análisis del proceso de toma de decisiones llama la atención sobre las limitaciones de cualquier teoría con vocación generalizadora sobre un asunto tan concreto y determinado por el contexto como es la decisión en política exterior. De ahí que su tendencia a tomar como modelo la experiencia que aporta la práctica y el recurso a ejemplos concretos para abordar dicho estudio fomenta el papel de la Historia de las Relaciones Internacionales, tal y como se ha demostrado a lo largo de estas páginas. No obstante, hoy en día esta perspectiva presenta grandes dificultades, pues se trata de un complejo proceso donde intervienen un gran número de factores. En el caso de la Primera Guerra Mundial, los detalles y las motivaciones de estas decisiones son cuestiones todavía poco claras, que difícilmente podrán ser contestadas.

Pese a este tipo de propuestas o la publicación de nuevas fuentes primarias en los últimos años, cabe preguntarse hasta qué punto existe un mayor conocimiento sobre el desencadenamiento de esta conflagración bélica. ¿Han surgido nuevas interpretaciones reveladoras que estén aportando luz a estos hechos o la historiografía se encuentra en un callejón sin salida desde hace décadas?

¹¹³ Vid. JERVIS, Robert: "International Politics and Diplomatic History. Fruitful Differences", en *H-Diplo/ISSF Essay Series*, nº 1, 2010, www.issforum.org/ISSF/PDF/ISSF-Jervis-InaguralAddress.pdf [26/10/2014].

Las investigaciones realizadas hasta este momento han permitido demostrar que la crisis desarrollada durante el verano de 1914 podría haberse resuelto de manera exitosa, al igual que otras muchas antes. Aunque los dirigentes políticos se convencieron de que no había vuelta atrás e hicieron ver la guerra como un suceso inevitable, el análisis detallado de los documentos disponibles niega esta apreciación errónea. Frente a los viejos planteamientos que han considerado el atentado de Sarajevo como un factor que condujo de manera ineludible a la contienda, hay que destacar el mantenimiento de una calma relativa durante semanas o la presentación de propuestas de paz hasta el último momento, como la iniciativa procedente del *Foreign Office* del día 1 de agosto. De todos modos, existen lagunas importantes que aún no han sido abordadas. Así, por ejemplo, sigue habiendo escasas referencias sobre las conversaciones mantenidas en San Petersburgo del 20 al 23 de julio, donde estuvieron presentes el zar Nicolás II y Raymond Poincaré, presidente de la República francesa.

En definitiva, son muchas las preguntas que quedan por resolver sobre el inicio de la Gran Guerra. Sin embargo, se puede afirmar que los europeos no esperaban el estallido de un conflicto a escala mundial, ya que pensaban que asistían a una crisis balcánica más. Las causas estructurales no determinaron la guerra de forma inevitable, aunque deben ser valoradas a la hora de explicar este acontecimiento histórico. Los dirigentes políticos de cada país actuaron bajo la influencia de una amplia red de ideas, pasiones y realidades, que acabó condicionando sus decisiones. De este modo, este actual enfoque no supone más que una renovación de los planteamientos defendidos décadas atrás por Renouvin y Duroselle, quienes establecieron una estrecha relación entre las llamadas “fuerzas profundas” y el propio estadista.

Si bien actualmente asistimos a una necesidad de repartir responsabilidades entre todos los países beligerantes, conviene no perder de vista los motivos y peligros asumidos por cada uno. Alemania y Austria-Hungría eran conscientes del riesgo de que Rusia acudiese en ayuda de Serbia. A su vez, la movilización rusa en todos los frentes se consideró un grave peligro por parte de los Imperios Centrales, eliminando la mínima posibilidad de establecer una salida negociada. Por otro lado, la entrada de Francia buscaba fortalecer la Triple Entente para asegurar su mantenimiento como gran potencia, mientras que Inglaterra intervino con el fin de preservar la independencia de los Estados soberanos y evitar el peligro de un dominio alemán en el continente europeo. Así pues, enmarcado dentro de un sistema internacional frágil y caracterizado por continuas rivalidades, el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial en el verano de 1914 fue consecuencia de viejos temores, nuevas inseguridades, percepciones erróneas, decisiones precipitadas y casualidades históricas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLAIN, Jean-Claude: *Agadir 1911: une crise impérialiste en Europe pour la conquête du Maroc*, Université de Paris I Panthéon-Sorbonne, Institut d'histoire des Relations Internationales Contemporaines, Paris, 1976.
- ARÓSTEGUI, Julio: *La Europa de los imperialismos (1898-1914)*, Anaya, Madrid, 1991.
- BERGHahn, Volker R.: *Germany and the Approach of War in 1914*, St. Martin's Press, New York, 1973.
- BETHMANN-HOLLWEG, Theobald von: *Reflections on the World War*, T. Butterworth, London, 1920.
- BLOM, Philipp: *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Anagrama, Barcelona, 2010.
- BORN, Karl E.: *Von der Reichsgründung bis zum Ersten Weltkrieg*, Band 16, *Gebhardt Handbuch der Deutschen Geschichte*, Deutscher Taschenbuch Verlag, München, 1981.
- CAVA, María Jesús: "Las alianzas europeas y la paz armada, 1890-1914", en PEREIRA, Juan Carlos (coord.): *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Ariel, Barcelona, 2009, pp. 253-279.
- CLARK, Christopher: *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014.
- DE LA TORRE, Rosario: "La política internacional británica en torno a la Conferencia de Algeciras", en GONZÁLEZ, José Antonio y MARTÍN, Eloy (eds.): *La conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2007, pp. 23-49.
- DEL ARENAL, Celestino: *Introducción a las relaciones internacionales*, Tecnos, Madrid, 2002 [1ª ed. 1984].
- EMMERSON, Charles: *1913. In Search of the World Before the Great War*, Public Affairs, New York, 2013.
- FANNING, Ronan: *Fatal Path. British Government and Irish Revolution 1910-1922*, Faber & Faber, London, 2013.
- FERGUSON, Niall: *La guerra del mundo. Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente (1904-1953)*, Debate, Barcelona, 2007.
- FUSI, Juan Pablo: *Manual de Historia Universal*, vol. 8, *Edad Contemporánea, 1898-1939*, Historia 16, Madrid, 1997.
- HALL, Richard C.: *The Balkan Wars 1912-1913. Prelude to the First World War*, Routledge, London/New York, 2000.
- HAMEROW, Theodor S. (ed.): *Otto von Bismarck and Imperial Germany: A Historical Assessment*, D. C. Heath & Co, Toronto, 1994.

- HAMILTON, Richard F. y HERWIG, Holger H.: *Decisions for War, 1914-1917*, Cambridge University Press, New York, 2004.
- HASTINGS, Max: *1914. El año de la catástrofe*, Crítica, Barcelona, 2013.
- HENIG, Ruth: *The Origins of the First World War*, Routledge, New York, 2005.
- HERRERO, Rubén: *La realidad inventada. Percepciones y proceso de toma de decisiones en Política Exterior*, Plaza y Valdés, Madrid, 2006
- HILDEBRAND, Klaus: *Das vergangene Reich. Deutsche Außenpolitik von Bismarck bis Hitler*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1995.
- IZVOLSKY, Alexander P. y SEEGER, Charles: *The Memoirs of Alexander Izvolsky, Formerly Russian Minister of Foreign Affairs and Ambassador to France*, Hutchinson, London, 1920.
- JERVIS, Robert: “International Politics and Diplomatic History. Fruitful Differences”, en *H-Diplo/ISSF Essay Series*, nº 1, 2010, www.issforum.org/ISSF/PDF/ISSF-Jervis-InaguralAddress.pdf [26/10/2014].
- JOLL, James: *The Origins of the First World War*, Longman, New York, 1984.
- *1914. The Unspoken Assumptions*, Weidenfeld&Nicholson, London, 1968.
- JOLL, James y MARTELL, Gordon: *The Origins of the First World War*, Routledge, New York, 2007.
- JONES, Heather: “Algeciras Revisited: European Crisis and Conference Diplomacy, 16 January-7 April 1906”, *Max Weber Working Paper*, 2009, pp. 1-16.
- KEIGER, John: *France and the Origins of the First World War*, Macmillan, London, 1983.
- *Raymond Poincaré*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
- KENNEDY, Paul: *The Rise of the Anglo-German Antagonism, 1860-1914*, Allen & Unwin, Boston, 1980.
- KIEßLING, Friedrich: *Gegen den “großen Krieg”?: Entspannung in den internationalen Beziehungen 1911-1914*, Oldenbourg, Munich, 2002.
- KRAMER, Alan: “The First World War and German Memory”, en JONES, Heather; O’BRIEN, Jennifer; y SCHMIDT-SUPPRIAN, Christoph (eds.): *Untold War: New Perspectives in First World War Studies*, Brill, Leiden, 2008, pp. 385-415.
- LEVY, Jack S.; CHRISTENSEN, Thomas J.; y TRACHTENBERG, Marc: “Mobilization and Inadvertence in the July Crisis”, en *International Security*, vol. 16, nº 1, 1991, pp. 189-203.
- LLOYD GEORGE, David: *War Memoirs of David Lloyd George*, I. Nicholson & Watson, London, 1933.

- MACMILLAN, Margaret: *1914. De la paz a la guerra*, Turner, Madrid, 2013.
- MARTELL, Gordon: *Origins of the First World War*, Routledge, London, 2008.
- McMEEKIN, Sean: *July 1914: Countdown to War*, Basic Books, New York, 2013.
- *The Russian Origins of the First World War*, Belknap Press/Harvard University Press, New York, 2001.
- MENCHÉN, María Teresa: “Los Balcanes”, en DE LA TORRE, Rosario (et al.): *Los imperios frente a frente: Marruecos, Balcanes, Japón y China (1905-1914)*, Historia 16, Madrid, 1997, pp. 97-114.
- MESA, Roberto: “El proceso de toma de decisiones en política exterior”, en *Documentación Administrativa*, nº 205, 1985, pp. 143-164.
- MOMBAUER, Annika: “The First World War: Inevitable, Avoidable, Improbable or Desirable? Recent Interpretations on War Guilt and the War’s Origins”, en *German History*, vol. 25, nº 1, 2007, pp. 78-95.
- *The Origins of the First World War*, Routledge, New York, 2013.
- “A Reluctant Military Leader? Helmuth von Moltke and the July Crisis of 1914”, en *War in History*, vol. 6, nº 4, 1999, pp. 417-446.
- MOMMSEN, Wolfgang J.: *Imperial Germany 1867-1914. Politics, Culture and Society in an Authoritarian State*, Arnold, London, 1995.
- MONGER, George W.: *The End of Isolation. British Foreign Policy, 1900-1907*, Thomas Nelson and Sons, London, 1963.
- MURPHY, Justin D.: “Historiography of the Outbreak of the War”, en TUCKER, Spencer C. (ed.): *The European Powers in the First World War. An Encyclopedia*, Taylor&Francis, New York, 2013, pp. 341-344.
- NEITZEL, Sönke: *Kriegsausbruch: Deutschlands Weg in die Katastrophe 1900-1914*, Pendo, Zürich, 2002.
- NORTH, Robert C.: “Perception and Action in the 1914 Crisis”, en *Journal of International Affairs*, vol. 21, nº 1, 1967, pp. 103-122.
- RENOUVIN, Pierre: *La Crisis Europea y la Primera Guerra Mundial (1904-1918)*, Akal, Madrid, 1990 [1ª ed. 1934].
- RENOUVIN, Pierre y DUROSELLE, Jean-Baptiste: *Introducción a la historia de las relaciones internacionales*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001 [1ª ed. 1964].
- REYNOLDS, Philip A.: *An Introduction to International Relations*, Longman, London, 1971.
- SAGAN, Scott D.: “1914 Revisited: Allies, Offense, and Instability”, en *International Security*, vol. 11, nº 2, 1986, pp. 151-175.

- SCHIEDER, Theodor: “Europa im Zeitalter der Nationalstaaten und europäische Weltpolitik bis zum I. Weltkrieg (1870-1918)”, en SCHIEDER, Theodor (ed.): *Handbuch der europäischen Geschichte*. Band 6, *Europa im Zeitalter des Nationalstaaten und europäische Weltpolitik bis zum ersten Weltkrieg*, Union Verlag, Stuttgart, 1973, pp. 1-196.
- SCHMIDT, Stefan: *Frankreichs Außenpolitik in der Julikrise 1914: Ein Beitrag zur Geschichte des Ausbruchs des Ersten Weltkrieges*, Oldenbourg, München, 2009.
- SCHRÖDER, Paul W.: “Stealing horses to great applause: Austria-Hungary decision’s in 1914 in Systemic Perspective”, en AFFLERBACH, Holger y STEVENSON, David (eds.): *An Improbable War? The Outbreak of World War I and European Political Culture before 1914*, Berghahn Books, New York, pp. 17-42.
- SERVICE, Robert: *A History of Modern Russia. From Nicholas II to Vladimir Putin*, Harvard University Press, Cambridge, 2005.
- SNYDER, Richard C.; BRUCK, Henry W.; y SAPIN, Burton M.: *Decision-Making as an Approach to the Study of International Politics*, Princeton University, Princeton, 1954.
- STEVENSON, David: *1914-1918. The History of the First World War*, Allen Lane, London, 2004.
- STRACHAN, Hew: *The Outbreak of the First World War*, Oxford University Press, Oxford, 2004.
- TAYLOR, Alan J. P.: *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, Oxford University Press, London, 1983 [1ª ed. 1954].
- TRACHTENBERG, Marc: “French Foreign Policy in the July Crisis, 1914: A review Article”, en *H-Diplo/ISSF Essay Series*, nº 3, 2010, <http://www.h-net.org/~diplo/ISSF/3-Trachtenberg.pdf> [30/10/2014].
- VALONE, Stephen J.: “«There Must Be Some Misunderstanding»: Sir Edward’s Grey’s Diplomacy of August 1, 1914”, en *Journal of British Studies*, vol. 27, nº 4, 1988, pp. 405-424.
- VAN EVERA, Stephen: “The Cult of Offensive and the Origins of the First World War”, en *International Security*, vol. 9, nº 1, 1984, pp. 58-107.
- WEHLER, Hans-Ulrich: *Das Deutsche Kaiserreich, 1871-1918*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1973.
- WELCH, David: “August 1914: Public Opinion and the Crisis”, en MARTEL, Gordon (ed.): *A Companion to Europe, 1900-1945*, Wiley-Blackwell, Oxford, 2011, pp. 197-212.
- WILSON, Keith M.: “Understanding the ‘Misunderstanding’ of 1 August 1914”, en *The Historical Journal*, vol. 37, nº 4, 1994, pp. 885-889.

- ZORGBIBE, Charles: *Historia de las relaciones internacionales*, vol. 1, *De la Europa de Bismarck hasta el final de la Segunda Guerra Mundial*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- ZWEIG, Stefan: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Acantilado, Barcelona, 2010 [1ª ed. 1942].